

IMPRESIONES DE UN
VIAJE POR EL ECUADOR

(Por un viajero de (o))



QUITO—ECUADOR

IMPRESA DE "EL PENGUINO"
CALLE LAS FUENTES N.º 20

1919.

**IMPRESIONES DE UN
VIAJE POR EL ECUADOR**

(Por un viajero ciego)



QUITO—ECUADOR

IMPRESA DE "EL PROGRESO".—CARRERA FLORES N.º 2

1919

*A mis buenos amigos los artesanos de
Túquerres dedico estas Impresiones de viaje.*

Quito, Enero de 1919.

F. P. G.

IMPRESIONES.

DE UN VIAJE POR EL ECUADOR
(*Por un viajero ciego*)

I

Salida de Túquerres. — Pasana en Casafria. — Ipiales. — El puente de Rumichaca. — Tulcán. — El poeta Gómez Jaime.

Por muy experto que sea el viajero siempre deja para lo último todos los arreglos: en el volate final se empacan las cosas entre gentío de amigos, despedidas y abrazos. Por el camino se arreglan las cargas y se echa de ver lo necesario olvidado y lo inútil que se lleva.

Toda mi vida fue para mí, labor tediosa hacer equipajes y acomodar baúles, cuánto mas lo será ahora, encontrándome privado del precioso sentido de la vista!

Como se pudo se hicieron las cargas consistentes en muy poca ropa, algunos libros, por si la suerte, tras una operación venturosa, se dignase dejarme estudiar de nuevo—y una inmensa cantidad de avío que mano cariñosa preparárame con solícito esmero.

Viajar ciego, a lomo de mula, bien se lo figuran todos es cosa grave; pero para saber lo que esto es, es preciso experimentarlo. Ir a tierra extraña, en donde no se tienen relaciones, en busca de un cirujano complica, además, el problema extraordinariamente.

Un buen arriero de Túquerres ofertóme para el viaje y se ajustó conmigo más por cariño personal que por codicia de la mesquina remuneración que le pagara y con él un magnífico muchacho—el Josecito—que había de tirar del rozal mi cabalgadura y prestarme su ayuda en cuanto se ofreciese.

Como compañero y para todo lo de asistencia en la operación, si a ello había lugar, el joven Luis M. Caicedo que me ha acompañado por bastante tiempo en calidad de Secretario y con el cual hemos

escrito bastante y continuamos aún escribiendo, pues es lo único que puede hacer un ciego que lleva vida intelectual.

Mi pieza de habitación estaba llena de amigos que iban al *deje*, de los cuales unos iban a caballo y otros a pie, estos últimos, artesanos queridísimos amigos de la "Sociedad de Mutuo Apoyo", querían acompañarme hasta el partidero lo abajo de la Capilla de Las Lajas; los otros irían más lejos. Mandé al arriero con las bestias adelante a esperar en donde debíamos montar.

Tras un último abrazo a una persona queridísima que se hallaba presente, nos echamos a la calle y principió el viaje.

Buena copia de pueblo trabajador salió conmigo calle abajo y así anduvimos en procesión silenciosa hasta el partidero. Yo estaba profundamente emocionado, pues me conmueven, hasta lo íntimo, las manifestaciones de tan sincero afecto que recibo del pueblo tuquerreño. Robustos brazos—hechos, nervudos y potentes por el diario trabajo—me fueron estrechando por turno; aquí Tomás Castro, Patrocínio Mora, Julio Dávila, -----y

cómo nombrar a todos los inolvidables amigos que fueron tantos?

No quiero enternecerme, pues no escribo una relación sentimental; vaya, empero, la expresión de mi afecto a todo el gremio artesano de Túquerres.

Ahora montar a caballo... *horresco referens!* No saber dónde está la bestia, no tener idea cómo está ensillada y, además... bestia de alquiler enteramente desconocida en sus mañas, resabios y vicios. Un amigo tiene el estribo de la derecha, otro el de montar, otro nos toma el pié para ponerlo en el sitio conveniente y al fin estamos encima. Andando... qué atroz tormento! Imposible ajustar el equilibrio no distinguiendo las orejas de la bestia ni el terreno por donde ella va caminando; la montura parece floja, a cada instante cree uno que va a voltearse y, en todo cambio de dirección del animal, iminente pérdida del equilibrio.

Agárrase uno a la silla como un mico y piensa confundido en la ridícula figura en que se exhibe. Cual relámpagos cruzan por la mente las imágenes de los días mejores cuando airoso caballero rom-

quiera el viento, en la Sabana, sobre brioso corcel ----

La nerviosidad del ciego es grande; paseándose en el aposento conocido, en paraje silencioso y de piso uniforme gozamos los sin vista de una tranquilidad completa y, aún podríamos agregar, agradable, pero en los lugares desconocidos se exaspera el sistema nervioso, todo ruido entonces es insólito, una amenaza.

Imagínalos ahora, lectores, cuál me sintiera yo sobre el animalejo del buen don Didacio Coral, dueño de las cabalgaduras; váyase desde ahora entre paréntesis decir que este hombre bondadoso resultó en todo el viaje compañero excelente y sin par. Pero no me adelanto.

Numerosa cabalgata rodeaba al amigo que partía para Quito en busca del Doctor Sáenz, es decir, de los ojos. Nobles y queridos amigos que compartimos los azares de la pasada campaña electoral; afables y afectuosos hicieronme olvidar, por algún tiempo, la misérrima condición presente y el temeroso porvenir de un viaje de doce días por tierras desconocidas, abruptas y talvez impropicias: Solar-

to, los Figueroas, Virgilio Rodríguez, Ruiz y tantos más.

Menudea el trago en estos días, y acalorada la imaginación todo se presenta fácil y líceto, aún la misma ceguera se olvida; cuán penosa es la reacción!

En el puente de Sapuyes, postreros apretones de manos y los viajeros siguen solos a su destino; cuál será!

Adelante Josécito, tirando el renzal, a mi lado Caicedo—catalgando ratonil mulita—silencioso y sombrio; pensaba, me imagino, el querido Secretario en la donosa niña que dejó en Sapuyes y que no sabe cuando volverá a ver. Puras imaginaciones más por supuesto, adelante don Didacio, montado en su caballo, arriando las cargas con el simpático grito de los recuantes. La noche se venía encima.

Al subir una cuesta, algo empinada, para llegar a Casafria tropezó mi estribo contra una gran piedra. Cual estallido de la chispa eléctrica iluminóse mi pensamiento con un cuadro visto en aquel mismo lugar ahora años en época de bien-echora venturanza: íbamos para el santuario de Las Lajas con mi esposa, con mi

Lile idolatrada, entonces bella y feliz, y nuestra familia de pequeños en época de un invierno atroz, el camino estaba horrible; al llegar al pie de la cuesta nos detuvimos temerosos de emprenderla a caballo, en este momento de vacilación aparecieron en lo alto cinco Madres Branciscanas, mal montadas, que indiferentes al peligro se echaron cuesta abajo, impávidas, imágenes del deber. Todo lo vi tan claro cual si lo mirara con ojos materiales; gran silencio se hizo en mi interior como si mi alma quisiera ponerse al unísono con la negrura de la lóbrega tarde.

Colombia ha sido descrita por todos los viajeros como uno de los países más hospitalarios del mundo, esto es cierto. La hospitalidad colombiana es incomparable, mas, como en todas las cosas de la vida, hay variedad entre aquí y allá. Nariño es, después de Antioquia, la tierra colombiana más hospitalaria: cualquier puerta que se toque se abre al caminante, sobre todo entre los pobres; aquí podría decirse lo mismo que se escribía en algunos templos de Apolo, "Doy poco, pero con amor."

Oscureciéndose ya demasiado arri-
mamos a una casucha en Casafria, en
donde una buena mujer nos dió albergue.
Cediósenos, como es costumbre, la cama
matrimonial y todas las comodidades de
la vivienda.

Después de dar una buena arremeti-
da al avío charlamos hasta tarde con los
caseros sobre los tópicos de siempre en las
cercanías de Ipiales: los milagros de la
Virgen de Las Lojas, las romerías, etc.

Era nuestra última pascana en Co-
lombia, la noche siguiente nos dormiría
en suelo extranjero.

No cabe aquí escribir sobre los pro-
gresos de la ciudad de Ipiales. Para obte-
ner el *pose* del equipaje en la frontera per-
manecemos en la ciudad algunas horas,
bien sabrosas por cierto, en compañía del
progresista Prefecto Don Rudoro Ortiz
del Corral.

Como a las doce del día a cabalgar
de nuevo descendiendo al puente de Ru-
michaca que está sobre el Carchi y es la
frontera.

Un salto! me hizo comprender que
habíamos llegado al Puente de Piedra

[*Rumichaca*] y que nuestra policía de fronteras nos exigía el documento de la Aduana; "pasen" dijo la voz. Momentos después caminábamos por tierras de la República del Ecuador; echándonos un buen trago vivamos a las dos Repúblicas hermanas y apuramos a las cabalgaduras creyendo ir a pernoctar bien adelante de Tulcán; pero... el hombre pone y Dios dispone.

La Capital de la provincia del Carchi es una ciudad bien grande que progresa rápidamente; baste saber que hay en la actualidad noventa y seis (96) casas en construcción. Es bulliciosa la ciudad; guiándome por el oído—el oído del ciego percibe modulaciones e inflexiones sonoras en las voces que son desconocidas del sano—parecióme la gente alegre, satisfecha y contenta. Por los datos de mi Secretario supe que había ñapangas muy simpáticas que en el vestir se diferencian algo de las de Nariño, pues estas usan el follado alto dejando ver el pie, mientras que esotras lo cargan *arrastado* y además llevan grandes pendientes en las orejas, llamados por acá, *tandongas*,

de muy buen oro.

Apesar de mi deseo de no pasar por la plaza fue imposible evitarlo, había que presentar el equipaje en la Aduana, formalidad indispensable; y la Aduana está en uno de los costados de la plaza, en Tulcán.

La banda militar del batallón residente en la Zona del Carchi ejecutaba en aquellos momentos una espléndida retreta; dos cosas distinguen a las bandas ecuatorianas, magnífica técnica y deliciosa suavidad; nada de pistones estridentes, nada de sonoridades retumbantes. En la música de estas bandas militares ecuatorianas pareceme que se refleja el carácter nacional: una especie de *mariter in modo, fortiter in re*.

Al atravesar el *puerto*, fui detenido por un caballero del cual informéme vestía uniforme militar; era el Mayor Don Daniel Regalado, quien por recomendaciones de su hermano Don Abelardo, residente en Túquerres, me invitaba a pasar la noche en su casa; no pudiendo negarme a tal *henea* sacrificamos la jornada y, bendito sea Dios! a cambio de una de las no-

ches más deliciosas que he pasado en mi vida.

A poco de apeado en la casa del simpático Oficial del Estado Mayor, vino á visitarme nuestro Cónsul el Dr. Alfredo Gómez Jaime. Cuán bien representada está la Patria, en el Norte del Ecuador, con este distinguido personaje!

Es, en mi sentir, Gómez Jaime una de las mentalidades más poderosas en Colombia a un tiempo mismo que uno de los más nobles y bondadosos caracteres que haya conocido. Aparte de la inmensa admiración que me inspira el poeta, líganme con la familia de su esposa vínculos de antigua amistad tan fuertes como los del parentesco.

Grande era mi emoción al entrar a la casa del Cónsul, aquella noche. Iba a estar con personas que me traían los más lejanos recuerdos de mi adolescencia y primera juventud; por un momento creí no podría contenerme haciendo una escena de lágrimas, pues tal me sentía.

Afortunadamente las cosas pasaron de otro modo. Rogado el poeta por los que lo visitábamos que nos leyese algo de lo

inédito suyo, accedió bondadosamente. Qué hermosa y noble poesía la de Gómez Jaime!

“Alma felina”, maravilloso episodio de sádica, pero intelectual, voluptuosidad femenina; “Ascua ardiente”, símbolo místico, ensayo de un género nuevo para Gómez Jaime, y algunos soberbios sonetos fueron el pasto intelectual que devoramos avidamente en esta noche inolvidable.

Los visitantes que éramos el Mayor Regalado, Caxicedo y yo estuvimos alelados varias horas que se pasaron sin sentirlo; ratos así hacen creer sea cierta la fábula aquella del buen monje que se estuvo un siglo oyendo cantar a un pajarillo celestial sin darse cuenta del correr del tiempo. ----

La familia Gómez Jaime se compone de los esposos, un inteligentísimo chichuelo de quince años y la hermana de la Señora Gómez Jaime; son cuatro seres perfectamente felices que se admiran, se respetan é idolatran mutuamente. “Somos como las cuatro patas de una mesa” dice el poeta para expresar el e-

quilíbrio espiritual en que viven él y su familia.

Con cuánta razón dice Gómez Jaimo "yo temo a la vida y a la muerte"; a la una la teme por los arcanos que encierra de desdicha, a la otra por el misterio de la separación; en todo caso es más de temerse la vida.

Qué buena noche pasé en la hospitalaria casa del Mayor Regalado! En mis sueños desfilaban sobre mi cerebro los alejandrinos de la velada y se me aparecían las panteras, los tigres y los leones que el domador en morado hacía saltar a latigazos para ganarse a la mujer aquella de alma felina que sólo deseaba verlo devorar por las fieras.

II

*Tulcán.—El páramo del Angel.—Un accidente imprevisto.—San Gabriel—
Un buen ejemplo de espíritu público*

Como a las cuatro de la mañana me despertaron [día domingo, 28 de Julio de 1918,] las dianas militares y la música

marcial de las bandas, es la retreta matinal del batallón acantonado en la capital de la provincia del Carchi. Dióme la idea de un gran aparato militar y me imaginé a Tulcán una especie de Metz u otro lugar fuerte francés; vaya con la imaginación!

Más tarde llamaron a misa y el sonido de las campanas parecióme bien diferente del de las de Túquerres; temeroso de sufrir una ilusión auditiva preguntéle á Caicedo si él experimentaba la misma sensación y como estaba de acuerdo conmigo quedé convencido de no equivocarme. Esta observación respecto del sonido de las campanas ecuatorianas la hemos corroborado hasta en la misma capital de la República.

Las campanas ecuatorianas—sea por la forma, sea por el metal de que son echas, ó por una causa cualquiera—tienen un sonido no agresivo sino por el contrario melodioso, suave y muy agradable de oír; pero dejemos las campanas.

Después de un substancial desayuno y de despedirnos de nuestro distinguido huésped, Caicedo y yo emprendimos á pie

la primera jornada por los caminos del Ecuador. El camino sigue por la Avenida Veintimilla, trozo de carretera sumamente plano que, cuando esté bien arborizado, será un bellissimo paseo sin quitar que desde ahora lo es muy agradable.

Mucha gente iba a la ciudad a misa, mucha carga de viveres, leña etc.; los transeuntes hablan recio y me producen la impresión de que son alegres y comedidos; muy poca diferencia en el acento con los de Nariño y, en fin, no puedo sentirme en tierra extraña.

Tuluca es un gran centro de negocios colombianos. Entre esta ciudad y la de Ipiales y aún también con la de Táqueres existe un activo intercanbio. Cuando esté terminada la carretera de Rumichaca y la que une a Ipiales con Táqueres, el tráfico entre los pueblos fronterizos se acrecerá inmensamente.

Como todo se acaba en la vida se acabó también la Avenida Veintimilla; la pendiente cuesta se nos puso delante y hubo que echar mano de las caballerías, de nuevo al tormento.

El camino que tomamos va por una

falda del gran páramo del Ángel; la senda, pues de otro modo no puede llamarse—que va directamente de Tulcán a la población del Ángel, tiene fama de ser intransitable y se me aconsejó, con insistencia, no tomar esa vía en ningún caso; por debajo del que tomamos sigue el camino real, más faldeado me imagino, que pasando por Guaca va a San Gabriel, el nuestro, recortándole algunas leguas—se le une cerca de los caseríos de Chilpe y Caico en la vecindad de la precitada población.

Andando, pues, la caravana cuesta arriba hasta entrar en las desoladas regiones de pajonales y frailejón que ocupan una extensión vastísima; imperio de la desolación, de las lloviznas, del frío y la ventisca.

Cada rato preguntábale á Josesito: “Qué se ve para adelante y para los lados?”, e invariablemente contestábame: “planadas de páramo, mi Doctor”

Senda descuidada en absoluto, en su mayor parte llena de canchales profundos, de estrechuras en donde al enredarse los estribos casi se me aplastaban

los pies o se me arrancaban las piernas, es este camino uno de los peores que pueden imaginarse. Por fortuna estaba seco; en invierno creo que sea imposible transitar por allí.

Compasivo el cielo se mantuvo sereno y despejado; como a las dos de la tarde comenzamos el descenso del otro lado del cerro. Si a la subida pude resignarme al tormento de cabalgar, la bajada por los canjilones y estrechuras me horrorizó y eché pié a tierra.

Estaba tan maltratado que no podía tenerme en pié; sólo por un supremo esfuerzo de voluntad principié a caminar sobre los fangosos almohadillales que difíciles para un sano, imagínese el lector, cuál lo serán para un ciego!

El Secretario Caicedo, muy pierniflojo, no servía para el caso de llevarme; pero D. Didacio, hombre robusto, se hizo cargo de mí; echamos cuesta abajo entre bamboleos, tumbos y enlodadas pero siempre ganando terreno; bajar y bajar por una cuesta que parecía interminable. Ni habitaciones, ni viandantes, ni alma viviente por el páramo escueto.

A cosa de las cinco llegamos a tierra de cristianos, esto es, al punto en donde la vereda entra al camino nacional que viene de Guaca; se pasa una quebrada por un puentecico de madera y se coje una gran planada que va hasta San Gabriel con tal cual ondulación suave.

Sentíame tan rendido y postrado que ordené a los arrieros ranchar en donde quiera encontráramos primero potrero para las bestias y albergue para nosotros, pues en camino largo lo más de atender son las cabalgaduras.

Era tarde de domingo; los caseríos de Chilpe y Caico estaban llenos de gente; por todas partes se oía el golpeo del juego de pelota, de la pelota sobre la tabla, y las risotadas y vocinglería de los jugadores; charla de mujeres y gritos de chiquillos. Mi afinado oído tan susceptible a todas las entonaciones, me hizo ver que entre ese gran gentío no había borrachos.

“Por aquí poco beben” pensé, y esta afirmación me la ha venido confirmando la experiencia del viaje.

En Caico una buena mujer nos acon-

dicionó de potrero y posada de igual manera que la de Casafria.

Permitaseme digresionar un poco sobre el juego de la pelota tan popular en el Sur de Colombia; la primera vez que vi este juego, fue en Pasto, ahora años cuando vine del Norte, y me encantó; en Túquerres es extraordinariamente popular cual lo es en casi todos los pueblos de Nariño. Reune el juego de la pelota todas las cualidades de un deporte de primer orden; ejercita y desarrolla muy armónicamente el cuerpo, conquista serenidad, firmeza en la visión y el pulso, agilitando el cuerpo extraordinariamente; porqué, pues, en Pasto y otras ciudades en vez de formar clubs de pelota tratan de formarlos de juegos exóticos inferiores al nacional como deportes. Dios no quiera que el pueblo Suriano pierda su afección al popular ejercicio, pues esto sería el comience de una rápida degeneración.

Lo imprevisto se presenta con poca frecuencia y, por desgracia casi siempre lo hace maleficiosamente; tal es por lo menos mi experiencia personal. En el

caso presente el imprevisto se nos dió a conocer de este modo: llevara D. Didacio las bestias al abrevadero y cuando los buenos y cansados animalejos satisfacían su sed, un toro cebado a matar caballos fuéle encima al mejor de los nuestros y de una cornada le partió el corazón. Imposible pintar la desesperación del buen arriero tuquerreño para quien el castaño—en su pobreza—significaba un caudal, aparte de esto, queríalo extraordinariamente.

Para mí el contratiempo era grave; mi flaca bolsa no estaba para juegos y, además, faltaba saber si por aquellos vericuetos se conseguiría una bestia fletada hasta Quito.

La comida, avío calentado, fue triste, pues bastante me apenara la desgracia de mi buen compañero, y muy interrumpida a cada instante con los que entraran a dar noticias de la agonía del solípedo; las lamentaciones de D. Didacio y las observaciones, de unos y otros, sobre el caso, desde el punto de vista legal, por si hubiera o no lugar a reclamo por parte del damnificado.

Llamóse al Inspector de Policía quien refirió el caso al Comisario en San Gabriel; resolvimos por último demorar-nos el día siguiente en la precitada ciudad y ver allí lo que mejor conviniera.

Una carta de recomendación del Mayor Regalado para los Señores Córdoba de San Gabriel fue de mucha utilidad, y la demora en aquel lugar, permitiéndome llevar a cabo observaciones de interés confirmándose así el proverbio de que "no hay mal que por bien no venga."

Discutióse mucho por la noche, en Cuico, sobre la causa última del fatal accidente: opinaban los unos que el caballo había muerto por viajar en domingo, pero D. Didacio manifestó que esto no podía ser así porque él con Josesito habían oído misa, por la mañana, muy devotamente. A la postre predominó la opinión de que aquello era una sentencia revocada; bendita sea la mano oculta que se propició sacrificando la bestiezueta para favorecer la vida de alguno de nosotros!

Bien por la mañana tomamos el caballo de San Francisco, Cajcedo y yo, pa-

ra San Gabriel; temerosos de éncotrarnos el toro cebado anduvimos a buen paso este bonito trozo de camino orillado de verdes potreros y en cuya lontananza, a mano izquierda, se distingue según me cuentan la renombrada hacienda de "El Vínculo" tan grandemente productora que hace de su dueño uno de los personajes más ricos en el Ecuador.

No hay para qué ponderar la hospitalidad de los Señores Córdoba y su simpática familia; D. César se dedicó todo el día a darme cuantos datos y detalles yo necesitara; a hacerme pasear por todas partes, de suerte que pude adquirir una idea imaginativa de la población.

Figúrome a San Gabriel como una de aquellas ciudades antioqueñas, jóvenes y robustas, que van para adelante y que en pocos años llegan a ser emporios de actividad comercial y de riqueza. En esto no me equivoco porque la raíz del progreso en Antioquia es el espíritu público cada día más desarrollado en ese pueblo; así también en algunas ciudades ecuatorianas—como San Gabriel y Ota-

valo, por ejemplo—el espíritu público de los moradores es vigorosísimo.

San Gabriel es una ciudad nueva; ahora treinta años apenas una rancharía, hoy centro de muchísima importancia. Está situada en terrenos feraces y la producción agrícola friana da para el abasto propio y para una activa exportación a Ibarra y otros lugares; hasta San Gabriel llega el activo comercio colombiano.

El mejoramiento material de la población se debe principalmente a una sociedad de jóvenes que se ha congregado para tal fin. Siendo la municipalidad muy pobre en rentas no alcanza a atender todas las necesidades; el espíritu público de los moradores satisface a todo aquello donde la acción oficial no alcanza.

La sociedad de jóvenes—Sociedad "Abdon Calderón"—está llevando a cabo obras importantísimas: dos buenos locales para colegios, tanto de varones como de Señoritas, que están bien adelantados; el parque de la plaza principal y el embellecimiento de algunas avenidas; aparte de propio mejoramiento moral e intelectual.

Para procurarse fondos acuden al público, fomentan acarreos voluntarios de materiales de construcción y, en suma, no escatiman esfuerzos, ni despliege de entusiasmo para adelantar lo que traen en mira.

He aquí un gran ejemplo de imitarse por nuestros coterráneos en Narillo donde, por desgracia, salvo en unas pocas ciudades, está tan narcotizada esta principalísima virtud social.

De las asociaciones obreras, en el Ecuador, ocuparéme con detenimiento más adelante; diré aquí por ahora, que en todas partes, en esta República, los obreros están organizados dentro de formas de sociedades diversas. Un dato, de bastante importancia respecto de San Gabriel es que el gremio obrero más numeroso es el de los carpinteros, lo cual, bien se comprende, significa actividad constructiva.

Para terminar agregaré que el aseo de la ciudad es minucioso y que—hasta donde yo puedo juzgar—se notan bienestar y actividad.

Acuérdome ahora de un artículo que

escribí para el "Correo de Nariño", de Pasto, bajo el rótulo "UN EJEMPLO QUE DEBEMOS IMITAR" y viera la luz pública hace unos cuantos meses. En él hacía hincapié sobre el admirable ejemplo de espíritu público que ha dado la gente ecuatoriana en el trabajo del proyecto ferrocarril Esmeraldas—Ibarra, siendo de admirar que millares de trabajadores hayan concurrido voluntaria y gratuitamente a prestar su contingente de trabajo manual. Pueblos que toman por ese camino, llegan hasta el prodigio; de esto no hay duda.

La principal industria en San Gabriel—puede decirse que es la principal en casi todo el Ecuador—es la de tejidos, no hay telares mecánicos todavía; la calidad de los productos a mano es soberbia, nunca había visto frazadas—mejor dicho magníficas mantas—comparables con las que se producen aquí. Estoy seguro de que puede hacerse un magnífico negocio llevando estas mantas al norte de Colombia. En la Sabana de Bogotá se venderían a muy buen precio.

Después de pasar el día muy bien empleado, conseguir un buen caballito

para proseguir el viaje, pagando buen flete adelantado por supuesto, y convencernos de que no había reclamación posible contra el propietario del toro mataballos, nos dimos al reposo. A la madrugada del martes pusimosnos de nuevo en marcha para efectuar una jornada muy corta.

Se esperaba ese día, en San Gabriel, al Señor Obispo de Ibarra; todo el camino estaba lleno de arcos triunfales que nos tocó estrenar a Caicedo y a mí. "Buen auguro" le dije al Secretario "entrar bajo arcos en esta tierra propicia". Ojalá salga cierto el presagio.

III

El Chota.—El Puente del Chota.—Correos y telégrafos.—Yaguarecocha.—Los alrededores de Ibarra.—El plantío de eucaliptus.

Bastantes veces he descrito, en mis estudios técnicos la formación geognóstica de los terrenos del Departamento de Nariño cuyo carácter más específico es el

de que una especie de casquete de rocas eruptivas cubre la mayor parte de los terrenos subyacentes; pues bien, todo me hace creer que la parte del Ecuador que he recorrido, sin verla, está en las mismas condiciones de formación. Apesar de estar ciego puedo darme cuenta bastante clara de las cosas, ya por la experiencia anterior, ya por las informaciones que solicito de los que van conmigo, así como por el manoseo de las arenas y otras mil circunstancialidades que sirven para el objeto.

Entre los fenómenos geológicos dignos de llamar la atención, en esta parte de la América, hay que citar los profundos cañones que corren a escuadra con la Cordillera Oriental abasteciendola talvez primarios paralelos con ella. Todos estos cañones pertenecen a un mismo tipo y deben poseer un origen común aún cuando no sean, quizás, coetáneos.

El primero de tales cañones se encuentra al norte, en Juanambú, después el Guátara — entre Pasto y Túquerres — más adelante ya en el Ecuador el Chota primero, luego el Guayllabamba y no sé

si de Quito para el Sur haya más. Prácticamente estos cañones son paralelos y se dirigen de Oriente a Occidente.

Me imagino que, en los eruptivos que cubrieron inmensas extensiones del territorio, se formaron grietas de retracción; cubiertas más tarde las rocas eruptivas por gruesísimas capas de tufas [arenas y cenizas volcánicas] estas se depusieron por donde quiera que corrían las grietas y sobre tales depresiones se encauzaron las aguas posteriormente.

Viene enseguida el trabajo de erosión sobre los materiales, relativamente flojos, de la capa superior y el curso de agua ahonda su cauce hasta la roca dura, formando, de esta manera, el profundo cañón. El estudio de este fenómeno lo llevé a cabo con mucho detenimiento, hace años, cuando gozaba de la plenitud de mis actividades.

Las hondonadas profundas que forman el Juanambú, el Guáitara, el Chota, el Guailabamba, etc., son unos de los peores obstáculos que la naturaleza ha puesto en estas tierras al desarrollo de las vías de comunicación. Todos sabemos

cuanto tiempo y dinero ha costado el paso del Guáitara, en el Departamento de Nariño, en la redentora obra de la Carretera del Sur.

Dos caminos hay de San Gabriel al Chota; el uno por el Angel, el otro por Chulunguasi y el Alisal a un vado del río. Cuando se toma el primero, se desanda un trecho hacia el norte, dando un gran rodeo, trepar de nuevo a los páramos y, como el Angel es bastante más alto que San Gabriel, aumentar la cuantía del descenso al fondo del cañón; por el otro camino, en llegando al río, para rogar el puente hay una larguísima travesía como de tres leguas aguas abajo, y al otro lado del río otra aguas arriba. Estas dos travesías alargan mucho el camino; por esta razón, la mayoría de los viandantes, prefieren la vía del Angel a pesar de sus inconvenientes.

Nosotros tomamos la vía de Chulunguasi; mañaneando de esta posada—en donde las caballerías hicieron versos toda la noche—, cogimos cuesta abajo y, como en los cuentos de hadas... caminar, caminar y caminar.

De los cañones de erupción arriba mencionados, el más profundo es el Chota [el Guáitara y el Guailabanba están poco más o menos a nivel.] Este dato lo tengo de un amigo que viaja con aneroide; mas, no es difícil darse cuenta de la cosa por el tiempo que se emplea en la bajada y la estimación de la pendiente de la cual un ciego se percata muy bien por la posición de la bestia.

Adelante de nosotros iba una familia ibarreña, que pernoctara en nuestra misma posada; formábanla varias Señoras y Señoritas, gente distinguida de la capital de Imbabura. Bueno es hacer notar aquí que los de Ibarra tienen, en todo el Ecuador y fuera de él, fama de hospitalarios, comedidos y benévolos en alto grado.

La familia en cuestión, bien montada, andaba al trote, cuesta abajo; mis compañeros los distinguían de trecho en trecho, cuando el terreno lo permitía, en todas sus revueltas y ondulaciones; teníamos mucho interés de saber si pasaban el río por el vado o daban el rodeo por el puente. Vadeando el Chota se economi-

zan, por lo menos, cuatro horas de camino. Nos decíamos que, si las Señoras pasaban el río, nosotros también; esto nos significaba llegar a Ibarra temprano.

En el cañón del Chota existe las mesetas simétricas, a nivel sobre una y otra banda que señalan las distintas etapas del trabajo del curso de agua; pero aquí son mas anchas que en el Guáitara y el Juanambú proporcionalmente con la amplitud de la quiebra. De una vez, y para agotar el tema diré que en el Guailabamba existen dos, de estas mesetas de considerable amplitud: en la banda izquierda la Josefina y en la derecha la Providencia.

Josecito me contaba lo que veía; sus ojos avizores inspeccionaban el horizonte y a cada rato dirijíase para informarme de cuanto alcanzaba a divisar: "allá, río arriba, se ve una hacienda grande, cañaduzales y trapiche"; "río abajo, lejos lejos, otra"; "allá se ve el río, más acá, del río una planada"; "ya casi llegan las niñas de a caballo a la planada, se van a echar por el vado"-----y así con estas conversas del muchacho pude darme

cuenta, casi casi de visu, de lo que me rodeaba.

Después de tres horas largas de andar cuesta abajo por la áspera pendiente llegamos a la vega del río que no es muy ancha, y nos dirigimos al vado; en este sitio existe un miserable caserío de cuyo nombre no me acuerdo.

Cuando nos indilgábamos al agua, regresaban las Señoras, habían encontrado muy profundo el vado y no atreviéndose a cruzarlo las tomaban para el puente al galope para rescatar el tiempo perdido. Qué alegre vocinglerío de juventud florida y lozana!

Aquí fue el discutir con D. Didacio; él estaba por el río y yo por el puente, por supuesto que predominó mi opinión y adelante; pero qué renegar tan desesperado del empecinado tuquerreño.

Caliginosa la atmósfera y el calor sofocante; caía el sol, el sol ecuatorial, como dardos de fuego sobre nuestras espaldas; jadeaban las bestias caminando sobre el rocalloso y desigual sendero por la orilla del río. Poca gente debe transitar por estos andurriales, porque la mañana

se entrelaza de un lado al otro y en algunos parajes el jinete tiene que tenderse completamente sobre el cuello del rocín; lo peor del caso es que toda esta maraña está exclusivamente formada de robustos espinos de muy grueso y largo aguijón. Ay! Cuántas veces me dieron en la cara con riesgo de arrancarme los ojos y hacer inútil mi viaje a Quito.

"Agáchese Doctor" gritaba Josesito en los puntos muy tupidos, triste de mí cuando al chiquillo se le olvidaba advertírmelo. En otras ocasiones eran los pies del lazarillo los que sufrían y muchas, el caballo hostigado por las espinas trataba de despedir, qué desesperación!

Cuánto siento que se haya *lugarcomunizado* la palabra dantesco, porque había de emplearla aquí al referir mi marcha Chota abajo por entre los espinos derretido, además, por el calor sofocante.

Pueblan esta hondonada tribos, digámoslo así, de negros, que como que ni español saben hablar, ya que contestan a las preguntas con sordos, guturales, sonidos ininteligibles; de trecho en trecho se encuentran pequeñas plantaciones de algo.

dón; el suelo y el clima son del todo apropiados para este cultivo que, sin duda, ha de tomar mucho desarrollo en el futuro.

No recuerdo bien, si fue al cabo de dos horas, cuando se dividió el puente y el caserío que está en la banda izquierda.

La sed nos devoraba, pero en este clima—esencialmente palúdico y malsano—el agua es un veneno, al decir de los experimentados; en una choza de las cercanías del puente compramos naranjas, de muy mala calidad ellas; muy pequeñas, asoleadas y muy agrias.

El puente del Chota me dijeron que es más angosto que el del Guátara, como éste, de cal y ladrillo y bonito.

Tenia que descansar un poco y apeándome con la ayuda de todos mis tres compañeros—tan entumecido estaba mi pobre cuerpo—me introdujeron a la mejor casa del caserío, la Telegrafía.

Alcansábase a oír el taqueteo de los aparatos y también las argentinas voces de las Señoritas que iban en nuestra delantera. El telegrafista Sr. Moncayo, hombre cultísimo, se esmeró con las ma-

yores atenciones; tras una taza de esquisito café me vino el alma al cuerpo y di comienzo a las preguntas y repreguntas con las que lleno mi desesperada necesidad de información.

Envidio para mi Patria el buen servicio de Correos y Telégrafos, del que, con razón, está orgullosa la hermana República. Hay dos correos en la semana para todos los lugares del país muy bien servidos; en cuanto a los telégrafos —el servicio es doble, de telégrafo y teléfono— está admirablemente organizado aún en los más infelices villorios; la tarifa, por otra parte, para los telegramas de diez palabras, menos de la mitad de la colombiana y, para los de más de diez palabras, mucho menos aún.

Esta necesidad de tener buenas comunicaciones postales, es atávica en las comarcas de origen incaico, bien sabido es por todos, cuan admirablemente organizados estaban los correos precoloniales, cuando los Hijos del Sol gobernaban desde el Cuzco inmensos rebaños de hombres.

Mientras agotaba yo al Sr. Moncayo en todo lo del Ramo Postal, Cuicedo charlaba con las Señoritas Ibarreñas y, sabe Dios si este corazón tierno ya estuviese lamentando la próxima, ineludible separación.

Muy curiosas se manifestaron las damas y en poco vaciaron a mi Secretario, de pe a pa sobre mi personalidad, edad, vecindad, profesión, usos, hábitos y costumbres; espero que mi amigo y compañero no haya sido muy lengüisuelto, pues en caso contrario quizás se hubieran escandalizado algo las Señoritas.

Cuando estuve suficientemente informado por el Telegrafista, vínome el deseo de dirigir telegramas a Túquerres para persona muy recordada; salutación a los amigos y demás.

La banda izquierda del cañón del Chota es menos escarpada que la derecha, el declive de la vía es suave como que sigue una quiebra de no muy fuerte gradiente; casi al fin de la subida hay una meseta y en ella una hacienda con muchos eucaliptus; grandes criaderos de asnos y de cabras son estos parajes; ga-

nado también hay bastante, el que me aseguraron estaba gordo, malgrado no haber una brisna de yerba en los potreros. Cruza el camino una gran acequia de regadío en donde tomamos agua a pesar del miedo a la malaria, tal era la sed.

Anochece ya—eran las seis de la tarde—cuando coronamos la cima en El Oburo, caserío donde ni agua se consigue.

Desde el alto de El Oburo la vista goza de un panorama espléndido. Yo oía las voces de admiración de mis compañeros y, con ansiedad inquiría hasta los más nimios detalles del paraje.

Aquí mas cerca Yaguarcocha (lago de sangre), basta extensión de agua que da realce a lo circunvecino; más allá, hasta el límite del horizonte, el valle de Ibarra con sus verdes potreros, sembrados, arboledas y casas de hacienda. Caicedo y José no se cansaban de exclamar "Qué lindo es esto"!

Para descansar del estropeo que produce el caballo, el gran remedio es andar a pie; con que ya lo saben los lectores para cuando se les ofrezca. Poniendo en

práctica la receta echamos a andar por la cuesta pedregosa y al poco estuvimos en la planada cerca del lago por cuya orilla pasa el camino.

Lago de sangre! Sitio memorable en la historia de los incas, cuánto siento no haberte conocido con los ojos materiales; pero con la visión interior te miro enrojecido con la sangre que se virtió en la tremenda degollina que un tirao de los antiguos tiempos hizo en tus riberas; así por lo menos lo refieren las crónicas y tu nombre lo confirma.

Desde Yaguarcocha hasta Otavalo—habra unas seis leguas de distancia—el camino es carretable y por él transitan automóviles y vehículos de tiro animal. Yaguarcocha constituye un delicioso paseo para los ibarreños, dicenme que hay una lancha de gasolina y botes para el servicio y el divertimento.

El caserío que queda cerca del lago es de muy poca o ninguna significación. Más adelante principia una alameda, que debe ser bellísima; poco de todo esto pudo verse porque cerró la noche muy oscura.

A eso de las ocho pudimos encontrar potrero y posada en la hospitalaria casa de Don Manuel Andrade, en el Olivo cerca de Ibarra; bien justificara el anciano matrimonio Andrade la buena fama de que gozan los de esta comarca.

Mucho incremento toma el plantío de eucaliptus en el Ecuador. La bendita especie ha sido aquí, como lo es en todas partes, una providencia.

La imprudente e inconsulta tala de los bosques en nuestros países y la dificultad en las comunicaciones ha hecho que los combustibles domésticos se escaseen extraordinariamente; el replantío se impone como necesidad apremiante y entre todas las especies arbóreas, es el eucaliptus, la que reúne las mayores ventajas.

Hace muchos años escribí una monografía—que fue reproducida en casi todas las revistas y periódicos industriales de la América Latina—sobre el eucaliptus; en ella llamaba la atención a mis coterráneos a propósito de la urgente necesidad en que estábamos de formar bosques—del privilegiado árbol australiano en las cer-

canías de los centros de la población; poco incremento ha tomado en Colombia el plantío de eucaliptos lo que es de sentirse. Ojalá imitaran el buen ejemplo que se nos está dando en este país.

Los alrededores de Ibarra gozan de merecidísima fama como pintorescos en extremo y los terrenos aledaños por su fertilidad y esmerado cultivo. En la vecindad de la ciudad hay buenas fábricas de tejidos, principalmente de bayetas que tienen grande aceptación en el norte.

Los productos textiles ecuatorianos han sido siempre línea de activo comercio en el Sur de Colombia, en la actualidad el tráfico tiende a aumentarse considerablemente a causa de los altos precios, consecuencia de la conflagración mundial.

Bien hubiera deseado permanecer un día entero en el Olivo, dedicado a tomar informes y descanso; el afán de los arrieros por seguir adelante y terminar pronto el viaje, impidióme llevar a cabo el propósito concebido por la noche.

IV

*Ibarra. — Una ciudad en rápido progreso
[Otavalo.] — Los indígenas. — La
reforma militar en el Ecua-
dor. — El páramo de
Mojanda.*

Por Ibarra pasamos de prisa y por calles extraviadas; mis compañeros que deseaban conocer la histórica ciudad se quedaron con las ganas. Sábese, eso sí, que la Capital de Imbabura es una hermosa y simpática urbe, muy bien trazada a cordel y escuadra, Sede Episcopal, etc.

Destruída ahora cincuenta años por un espantoso terremoto fue reedificada— como Cúcuta entre nosotros—en el mismo sitio que ocupaba antes de la catástrofe; desde su reconstrucción hasta el presente, la localidad no ha vuelto a experimentar novedad alguna por causa de los fenómenos sísmicos.

El clima es algo palúdico; los fríos y

calenturas se conocen en la localidad con el nombre de *zaino* y aparecen periódicamente según se dice.

En época reciente se ha establecido una planta hidroeléctrica para el servicio de alumbrado, etc., y ha mejorado extraordinariamente la ciudad en higiene y otros servicios públicos.

Mucha animación reina en la proximidad de la urbe durante las primeras leguas del camino que va a Otavalo; mucho movimiento de gente y carros, algunos coches también; grandes vacadas de lechería son conducidas a los ordeños o a los potreros. A medida que se adelanta el camino va haciéndose más y más solitario, ya no hay casas a su vera y sólo de cuando en cuando, alguno o algunos jinetes nos adelantan o se cruzan con nosotros. Los caballos, por lo general, me dicen son buenos; bien sabido es de todos que, en este país, se pone mucho empeño en la mejora de la cría tanto caballar y mular, como vacuna y ovina; en esta última sobre todo la mejora es grandísima. No puede pasarse inadvertido que el ordeño de ovejas y cabras contribuye, en

esta tierra, bien gruesamente, al producto de la industria lechera.

Algunas partidas de indígenas se cruzan con nosotros, hablan quichua. Nunca había oído hablar este idioma por bastante gente; es muy checheado y da al oído, como el ruso; los indígenas que hablan español poseen marcadísimo acento desagradable y pésima construcción; todos saludan uniformemente diciendo "sacramento patron", algunos se nos acercan tímidamente pidiéndonos cigarrillos que les damos con gusto.

Al pasar por Ibarra no puede menos de recordarse al más insigne de los mitrados latinoamericanos, al hombre de excelsas virtudes y de sabia erudición que gobernó, por años consecutivos, la Sede de esta diócesis y, hasta no hace mucho cuando Dios se lo llevó, la arquidiócesana de Quito. La muerte del Señor Doctor González Suarez es una pérdida irreparable en este país, quién podría reemplazarlo? Quién tendrá su clara visión? Quién sabrá como él poner por encima de todo, los intereses patrios y hacer concordia entre las exigencias del progreso

y los intereses eclesiásticos?

Nada cansa ni aburre tanto al viajero como las planadas largas, esta de Ibarra a Otavalo se me hizo interminable; además—como habíamos salido del Olivo sin desayunarnos, por el afán de los arrieros—las tripas grandes, dentro de mi estómago, se estaban tragando a las pequeñas. En toda casuca al paso inquiríamos por algo de comer y nada había; la escasés de viveres por todo el camino ya nos había llamado la atención. La fama de que gozaban los caminos del Ecuador, allá en Nariño, de muy bien provistos resultaba fallida, lo que es hoy no se consigue en ellos nada, absolutamente nada, salvo en l. s fondas y hoteles de las poblaciones importantes y... a qué precios!

No cabe en este capítulo examinar la cuestión de la escasés que se relaciona con otras gravísimas que confronta el Ecuador en la actualidad, quede pues para luego.

Cada rato, a mi lado, oía las voces humildes de hombres, mujeres o chiquillos "sacramento patrón" de los indígenas que paraban, por grupos o de uno en

uno, talvez a los trabajos de los campos, talvez en acarreos... y a todo viandante el mismo sonsonete "sacramento patrón."

El soplo de un suave viento hacía resonar melodiosamente las hojas de los eucaliptus; caminábamos entre bien nutridos plantíos y mi memoria se obsesionaba en el recuerdo de tiempos lejanos de juventud ardiente; de fé segura en mi destino futuro y de firmeza, halagadoras esperanzas de un porvenir que mirara como cierto..... Mi hacienda "El Chorro", en donde principié, en grande, la siembra de eucaliptus, los buenos negocios que hice vendiendo árboles tiernos.... Todo esto se me venía encima entristeciéndome como un cruel remordimiento. Mi vida entera de recomienços; más de diez veces recomenzada, y ahora? Trabajar con herramienta mocha cual lo dice Rudard Kipling; "*to work with worn out tools*"

Mas, qué me pasa? Caigo en el fastidioso y feo yoísmo; perdóneme el lector y crea en mi sincero e inquebrantable propósito de la enmienda.

Serían las dos bien sonadas, cuando arribamos al encantador y progresista Otavalo; apeámonos en un buen hotel y resolvimos pernoctar allí, porque más adelante no se encuentra posada hasta allende el páramo de Mojanda.

Mientras preparaban la comida —lo que fué cosa de buena copia de horas— dedicámonos a darnos cuenta de la ciudad y otras menudencias dignas de ponerse, a buen recaudo, en la memoria.

Volvíme a sentir aquí, como en San Gabriel, en una joven, activa y progresista villa antioqueña; alguna de esas que, como las del Quindío crecen cual espuma. Así es Otavalo, va de para arriba que da gusto verlo: aseo, primoroso empedrado en las calles, buenas construcciones, plantas hidroeléctricas, muchas fábricas de tejidos, movimiento comercial y --- por encima de todo eso, que esto es lo que más vale, un espíritu público prepotente.

Cuando viví en Pasto muchos amigos, que habían sido educados o habían permanecido en el Ecuador, me conversaban mucho de esta tierra; ellos avivaron

en mí el deseo de viajar por el Sur, si que lamento las desdichadas circunstancias en que lo hago ahora; malgrado esto, siempre me he podido dar buena cuenta del país. Aquellos amigos digo se detenían en sus descripciones de Otavalo y lo que más les llamaba la atención era una tribu de indígenas que dicen ser una maravilla. Cuánto sentí no verlos!

Cuentan que son, en regla general, de facciones muy bellas, sobre todo las hembras; de una pulcritud y aseo llevados a la exageración y que visten de blanco [alba veste] como los pitagóricos. Fuera de estos indígenas, muy dignos de llamar la atención del viajero, sobrevive en estas comarcas una población aborígen pura, con su lengua histórica conservada y, probablemente con ella, tradiciones bien precisas de su origen y del imperio de los Hijos del Sol. Tan cierto es esto que la historia registra numerosos tentativas de insurrección general de los indígenas en obediencia de órdenes emanadas desde el Cuzco.

El Imperio Inca, cuando el descubrimiento y conquista, iba en vía de expan-

sión y señalado progreso traspasando casi el lindero de la barbarie para entrar en las primeras etapas de la civilización. Sea por el empuje que llevaba esta raza, sea por lo numerosa que era, sea por un motivo cualquiera en definitiva es lo cierto que se conserva con muchos rasgos de vitalidad y, entre ellos, el más sobresaliente es el conservar su idioma nacional histórico.

Si comparamos esto con lo que sucedió con los chibchas, hallamos una diferencia inmensa; estos quedaron sin su idioma histórico y sin sus tradiciones, greyes mutiladas llamadas a desaparecer muy pronto. Fácil es, para el observador, darse cuenta del fenómeno colocándose *in mente* en el pellejo de los chibchas, esto es, en las condiciones de vida en que se encontraban.

Los chibchas constituían un pueblo con algún adelanto enmarcado en una altiplanicie fría—y este es el punto importantísimo que da la clave del problema—rodeado por todas partes por tribus ferocísimas, de antropófagos, a las cuales temían hasta supersticiosamente creyendo-

las compuestas de demonios. Un pueblo en tales condiciones; un pueblo que no puede extenderse y que pierde, en absoluto, el espíritu de conquista está irremediabilmente perdido.

Los conquistadores españoles fueron los verdaderos demonios para los apocados súbditos del Zipa, los conquistaron de pleno infundiéndoles tal temor que hasta su idioma lo olvidaron y con él las tradiciones de su origen y su imperio.

Pasemos a otra cosa. En regla general se afirma que, los indígenas viven en esta República, casi en condición de esclavos; a mí no me consta. Los decires, sin embargo, son muy unánimes en tal sentido.

Aquí—como en Nariño—hay una forma de contrato, entre patron y jornalero, que se llama de *concierto*; este contrato, como es bien sabido, se presta a los mayores abusos.

Las haciendas a las cuales están vinculadas grandes masas de indios, ya en concertaje u otra especie de contrato análogo, tienen el más grande interés en conservarlos en el estado de ignorancia

y servilidad en que se encuentran; de esta manera permanecen los indígenas sin aprender el habla castellana; para lo de la religión los curas estudian el quichua y se vandeán con él en lo tocante a sus feligreses. No tengo estadísticas a la mano, pero es fácil juzgar que la cantidad de indígenas es bastante numerosa.

Será obra de un tiempo muy largo por cierto, la homogeneización de la raza ecuatoriana, lo que sólo puede tener lugar por medio de la cruce, y ésta es lenta. En el ínterin el equilibrio social exige que las cosas queden como están; una sensiblería anticientífica no habrá de servir para otra cosa que para llevar el país a la ruina de sus incipientes industrias.

No quiere decir esto que yo sea partidario del concertaje o contratos similares en que un patrón astuto esclaviza al infeliz trabajador; suficientemente conocidos son mis principios pueblistas y en la práctica mis actos también. Pero sí estimo, con imparcial criterio, que las medidas graduales, sistemáticamente continuadas, son las que dan mejores resultados; naturalmente, entre ellas, la ins-

trucción de las masas es la primordial.

Por la noche, mientras venía el sueño D. Didacio nos estuvo contando cuál era el páramo de Mojanda, en donde siempre llovía; casi nos hizo tiritar de frío. Háblonos también del camino viejo que pasaba muy cerca a la laguna del mismo nombre (Mojanda) por un páramo más bravio, solitario y temible; él viajara, desde guagua, a Quito, con su padre, y conocía, como la palma de sus manos, todas esas tierras.

También hubo retreta en Otavalo por la noche, era jueves; la banda del batallón muy buena como casi todas, pues el Gobierno pone mucho esmero en ello y el público, unánimemente, toma interés en lo relacionado con el ejército.

No hay duda que la reforma militar —apenas esbozada entre nosotros— es un hecho cumplido en la hermana del sur; hasta donde puedo darme cuenta el ejército está nacionalizado aquí; bien mirado y enaltecido por la generalidad y, en fin, la labor de las misiones chilenas fue fecunda.

Para dormirme me revoloteaban

por la cabeza historias de ventiscas y aguaceros en Mojanda y ya casi en sueños veíame oficial del ejército ecuatoriano, mimadísimo por las damas, estimado por los caballeros y envidiado de todos. Buenas noches.

V

De Otavalo a Pomasqui.—De la que nos escapamos en Mojanda.—El problema aguardiéntero: o higienizar o degenerar.—Algo sobre el quichua.—Varia.

Se me había asegurado que entre Otavalo, mejor dicho, entre Ibarra y Quito, existía un camino carreteable. Grande fue mi sorpresa al convencerme de lo contrario; pero el trazado existe, o, por lo menos, una gran parte de la vía está en buenas condiciones al efecto.

El trecho por el páramo de Mojanda es bueno y la única dificultad sería consistente en la quiebra de Guailabamba entre Malchingui y Pomasqui.

La escasez de piedra para el afirmado de la vía, macadams, complica las cosas. Quizás, en estas circunstancias, la automoviliaria salga más cara que el ferrocarril.

Por qué no había de llamar a mis compañeros de viaje mis ayudantes ópticos? Ellos suplen lo que me falta y, gracias a sus informaciones, algo se me percata de los alrededores que circundan mi persona tan aislada del mundo de las cosas, de la belleza o monotonía de los panoramas, del encanto de los rostros hermosos -----

“Por aquí fijarse mucho en si hay piedra en abundancia, peñas o cosa que sirva para afirmar un camino”—les digo a cada instante; además pongo mis cinco (cuatro diría) sentidos en las pisadas del caballo. Indudablemente la piedra es escasa. Qué fatalidad! Una automoviliaria daría el mejor resultado en la comarca.

Indios pasan con bueyadas acarreado madera; su manera de carguio es muy ingeniosa y favorece mucho al animal. “Anotar esto para indicarlo en

Nariño, chiquillos"—les digo a los míos —"hay que aprender lo más posible." Y—sin saber si me atienden o no—va una conferencia sobre carretables, automovilismo, afirmado de las vías y explanación de la tesis que me es tan cara "*automóviles versus ferrocarriles*" para empujar el progreso de los países andinos. Con la conversa me distraigo; además, pareceme que el viaje me sienta bien: menos neurastenia, más agilidad, más esperanza. Oh esperanza aurora de las aimas, bendecido perfume del cielo!

Claro el firmamento y suave solana en el temeroso Mojanda; lo pasaremos en seco. Bendito sea Dios; pero qué hambre! Tal parece que la tripa grande está comiéndose a las pequeñas. "No hay alguna casita por ahí?"—pregunto y siempre que lo hago obtengo la misma respuesta "Nada, mi Doctor"-----

En toda la larga extensión de la vía en la región del páramo, sólo hay tres chozas distribuidas a intervalos casi iguales; se me olvidaron los nombres, pero eso no importa. A la última—la de la salida dijéramos—nos aproximamos en

solicitud de fogón para calentar café, nuestro café tuquerreño tan sabroso.

Una india astrosa quiso huír al vernos aproximar, pero la convencí con cortesías modales y se humanizó. La labia es famosa moneda en viaje y

“ Más que cien cartas sirven al viajero
El porte y la expresión de caballero.”

Arrimamos al fogón para dar comienzo al entredía que era nuestro almuerzo. Brindónos la indígena habas cocidas, para mi paladar uno de los más exquisitos manjares. Hallábame entregado, del todo, a la bucólica cuando hizo irrupción un tropel de arrieros cholos de Atuntaqui, semibárbaros, con crecida reeva. Parece que uno de entre ellos se me acercó demasiado, a riesgo de atropellarme, cuando saltaron Didacio y José como unos energúmenos.

Valiente ajazo redondo — que me provoca transcribirlo enterito — soltó el tuquerreño y la de Dios es padre. Los cholos eran hartos, nosotros cuatro apenas, contándome yo, ciego; sin una mala

navaja siquiera. Armas para qué quisiera yo?

Imposible érame contener a mis hombres que parecían tigres toreados; jamás imaginara que los tres fuesen tan jaques y trancadores. A la postre colombianos.

Precipitéme, como pude, entre los contrincantes, logrando, con mucho trabajo, que me oyeran. Adiós plato de habas! “Vamos andando,” ordené, con imperio; a regañadientes fui obedecido; Caicedo mismo se me revelaba no queriendo soltar una gruesa estaca que esgrimía en la mano. “Váyanse Uds. adelante”—replicó el arriero—“que voy a acomodar las cargas.” “Nada de eso, mi amigo, más adelante las enderezamos,” repúsele, con tono serio pero agradecido y con un postrero, amistoso empujón, logré ponerlos a la delantera.

Pensad, lector piadoso, qué conflicto para mí; no tanto por el riesgo de los palos que me hubieran cabido en suerte sino por las consecuencias, caso de una desgracia que, a no dudarlo, hubiera

acontecido. Andar por los juzgados de crimen en tierra extranjera y ciego!

Entre la gente arriera no dejan de suscitarse pugnas entre colombianos y ecuatorianos cual es el caso en pueblos fronterizos. Enfrentámonos los de la hermana del sur que somos muchos en su tierra y que, por el contrario, los ecuatorianos no emigran a Colombia. Es cierto, bastantes colombianos hay en el Ecuador; precisamente, empero, de ello viene mayor vínculo entre los dos países. No se ve en esto, además, la prueba del alta estima en que tenemos la hospitalaria tierra de la frontera del mediodía?

Me vienen al magín—al escribir ahora—las peleas que tenía yo con mis primos, cuando guagua; nos decíamos las mismas cosas: "Vete de mi casa." "Tú vienes todos los días," etc. . . . sin que las infantiles reyertas mermasen, en lo mínimo, nuestro acendrado afecto; lo mismito acontece entre ecuatorianos y colombianos; en el fondo existe un inmenso, fraternal amor.

Somos unos mismos; el mismo tricolor nos cobija; nos ligan lengua y re-

ligión. Aquí y allí la Patria una misma, unos mismos sus problemas, sus futuros y sus aspiraciones.

Con la gana de pelear se quedaron mis acompañantes; su rabia convirtiéndose contra las caballerías. Arrea que arreando, al trote, descendimos la cuesta hasta el sitio de "la Bodoquera" en donde me desmonté para estirar las zancas. . . . El nombre lo está gritando; la Bodoquera es un trozo de camino recto como figura de texto de geometría, con algo más de dos leguas de largo. Por la mitad del tramo está el pueblucho llamado Malchinguí, muy desamparado él y miserable; allí encontramos regular acomodo, *malgré tout*.

Se aproximaba el instante de llegar a Quito. . . . crecían en mi ánimo los temores, las esperanzas, las zozobras y la inquietud! Cual en un asalto de esgrima me atacaban los nervios por aquí y por allí; cuánta vacilación, Dios mío!

Me azaraba sobremanera— llámese a este sentimiento incalificable puerilidad— el temor de las simplezas en que pudiera incurrir mi comitiva en la ciudad

ya que élla traía enterito el pelo de la dehesa.

Qué figuraciones! Qué espanto! Mas-----para qué referir estrambóticas fantasmagorías?

Valga la verdad—desde ahora cumple decirlo—mi Secretario y dilecto amigo, se ha manejado muy bien; cuanto a pelumbre de provinciano, poca trajo o si la cargaba la botó muy de ligero en la Metrópoli, en llegando no más, como se dice en Nariño.

Por manera absurda, *la loca de la casa*, se ingenia en mortificarnos. Oh nervios! Oh nervios mal gobernados, cuántas risibles tribulaciones ocasionáis al hombre!

Quiera el Cielo darme ingenio y paciencia para escribir "EL ESCLAVO DE SUS NERVIOS" dentro de cuyo rótulo cabe harto de documento humano. Pero-----divago.

Confronta la República del Ecuador, en la actualidad, múltiples problemas a cual más grave. La anormal situación originada por la guerra a más de otras

causales concurren a ello. Ya será ocasión oportuna otro lugar de estas impresiones de viaje para abordarlos; en este capítulo, empero, no dejaré pasar lo relativo a aguardientes. Al grano.

Me atrevo a creer que, en mi patria, es bien conocida mi manera de pensar en la cuestión que me ocupa. Tanto he escrito y con tanta franqueza sobre ella. No temo que se me tache de repetir demasiado—bien vale el asunto la pena—el decir que soy prohibicionista; esto es: creo que los gobiernos deben prohibir todo tráfico y comercio de embriagantes. No cabe aquí discutir la tesis, ni generalizar.

En el caso concreto, en el Ecuador, lo que pasa es lo siguiente: el licor que, generalmente, se da al consumo es de tan mala calidad—tan infecto e impuro—que su expendio constituye, en puridad de verdad, un atentado contra la salubridad pública. La autoridad tiene que intervenir so pena de graves males para ahora y el futuro.....

En dos palabras la cosa se plantea así: *o higienizar las bebidas o la raza degenerará con vertiginosa rapidez.*

La peor plaga—causa eficiente de guerras y atraso—en los países tropicales de la América es el licor. Nuestros gobiernos cometen la inmoralidad más grande al derivar rentas explotando el uso de embriagantes, pues tales rentas son, en definitiva, el precio del embrutecimiento, la degeneración de los gobernados.

Acceptando la especiosa disculpa del *mal necesario*, queda en pie esto: hágase el menor mal posible; obliguese a los productores, etc. a producir y vender el veneno menos venenoso y extienda la Higiene Pública su manto protector sobre los infelices que consumen licores. Del mal el menos.

Debemos recordar los benéficos resultados que se obtuvieron en Estados Unidos con la ley de higiene de las bebidas (*pure food bill*). En este país—Ecuador—como en Colombia es un imperativo legislar al respecto y poner en práctica, con la más estricta severidad, lo que se decreta. En ello va la vida de la nación.

V

[Continuación]

En qué íbamos! Ah! ya me acuerdo Caminaba de bracete, con Caicedo, por la Bodoquera abajo sobre un suelo arenoso en donde los pies se hundían hasta el tobillo. Este bonito tramo recto de camino bajo los rayos de fuerte sol sí, que desespera a los arrieros!

Al remate de la bodoquera se comienza el descenso al Guailabamba, hasta el puente de madera que está sobre el río; al otro lado a trepar la escarpada cuesta. Quedó dicho que la hondonada de Guailabamba es del mismo porte que la del Guátara.

En la meseta de "La Josefina," en la banda N, así como en la de "La Providencia," en la banda S, existen ingenios de caña y destilerías; los caseríos anexos son lo más superlativamente miserables que sea dable imaginar; el clima infernalmente palúdico. Como los infelices habitantes de las pobrisimas cabañas me

oyeran llamar Doctor por mis compañeros, creyéndome médico, solicitaban mi concurso; pude darme cuenta de que una epidemia de disentería infecciosa causaba estragos por allí. Pobres seres—del todo abandonados—tan miserables y tan próximos a la capital de la República!

Trasmontado el último abrupto de La Providencia extiéndose la vasta llanada de San Antonio y Pomasqui la que se desarrolla hasta Quito, y más allá, con suaves y variadas ondulaciones. Sorprendiome en todo el camino—más aún, sobre todo, en lugares tan vecinos a la Capital—el poco movimiento de cargas y pasajeros, muy poco en verdad.

Mis ayudantes ópticos me informan que las llanadas son arenales, que todo está reseco. La fantasía me conduce de súbito, a los secadales manchegos por donde anduviera en andanzas el ilustre progenitor de los popayanejos al decir de los eruditos.

Qué emporio de riqueza, así me lo imagino, han de ser estas llanuras, de formación volcánica, cuando tengan aguas bastantes para un profuso regadío!

Grandes partidas de borricos pasan a nuestro lado ahogándonos con la polvareda que levantan; mis compañeros no se cansan de mirarlos, son tan raros en Túquerres.

Bregando por hacer andar el caballito caiqueño, musito yo, mientras anda el molino interior moliendo disparatadas imaginaciones. Asáltame el recuerdo de los suburbios de Bogotá; el gentío, el movimiento; las cochadas de elegantes; el ir y venir de damas y caballeros; los pilluelos — que llamamos chinos — con sus chistes y agudezas soberbias, mas — — — — por encima de todo el carácter maleante de mis paisanos. Con terror me pregunto: así será por aquí?

Me representaba luego la llegada a Quito, entre el barrullo y el redar de coches y autos, con Luis atortolado, al brazo y, sabe Dios! — — — — con qué figura yo mismo.

Perdida tuviera toda idea respecto de mi apariencia actual con ya más de tres años de no mirarme al espejo; pongase en mi caso el lector!

Tras cerca de ocho años de vida pa-

sada en las montañas—en casi heremítica soledad—cuánto me oprime la vida capitalina; el cuello engomado y el indumento que exige la civilización.

A ratos me provocaba no pasar adelante, quedarme ciego, con tal de no someterme a los tormentos que me aguardaban.

En vano me decía: "Nadie me conoce; soy un inválido, como otros tantos; un ente enfermo y de-valido que pasará sin notarse en medio del bullicio y la animación urbanas."

Pero el sentimiento de íntimo pudor se revelaba en mí; ser compadecido es lo peor que puede pasarle a un hombre de cierta condición.

Bestializando, de esta suerte en mi interior, entramos a Pomasqui, lugar que yo creía balneario frecuentadísimo y cremático; pero que resultó ser un simpático pueblecico muy apacible.

Dimos con nuestras personas, bestias e impedimenta en el *tambo* de una muy amable familia que nos alojó satisfactoriamente.

Era sábado; resolví que dejáramos

la entrada a la Capital para el lunes—temeroso del domingo—y, procedimos a los arreglos para separarnos de Didacio y Josecito. Me hubiera quedado con ellos todo el tiempo; pero imposible.

Vaya mi cariñoso recuerdo a los bondadosos compañeros de este viaje feliz en el cual nos fue propicio todo: hombres, suelo y cielo.

En Pomasqui principié el dictado de estas impresiones; podré sacarlas a la luz?

Nada interesante contienen, nada nuevo aportan. Para qué publicarlas?

Doña Vicenta, la casera, se crió en una grande hacienda del vecindario de Ibarra, entre mucha indiada que posee el fundo. Conoce, la señora, el quichua a maravilla; charla entretenidísimamente siendo mina de información sustanciosa. Vaya con el feliz hallazgo!

Con sabrosas pláticas y amenísima cháchara, la complaciente patrona, nos entretuvo el día domingo que demoramos en Pomasqui; de adeshala, la dueña del

tambo, quiso aleccionarnos, muy minuciosamente, sobre Quito.

Copia de versos en lengua quichua, recita y canta Doña Vicenta; pero todos ellos en rima castellana. No puede, pues, designárseles con el nombre de poesía incásica.

Me acuerdo haber leído—no sé si en el P. Velasco—que un cura ecuatoriano compuso muchas rimas quichuas sobre metros romances, las tales deleitaron a los indios quedando, para perpetua memoria, en el pueblo que *habla lengua*.

De mis observaciones y variadas conversas, por acá y acullá, saco en limpio que las *eses* sibilantes y las *erres* rondantes de algunos, en este país, son reminiscencias quichuas; lo mismo puede decirse de cierto checheo muy generalizado en el común hablar.

La ponderosa masa indígena, existente en el Ecuador, tiene de influir, por influencia masial, muy sensiblemente sobre el resto de la población; mas si se atiende a que el pueblo inca—en la época de la conquista—no iba en regresión, sino todo lo contrario.

La patrona, en Pomasqui, nos contaba un caso del todo ilustrativo: en la hacienda de Pinsaquí [Ibarra] había un matrimonio de francés y ecuatoriana que tenía una guagüita [niñita] la cual fue criada por señas indígenas que, apenas si hablaban castellano.

La guagua fue cogiendo los resabios de lenguaje y modales de indio, a tal punto que, alarmado el franchute, retiróla de las señas cuanto fue posible. La niñita parecía haber olvidado las mañas indianas.

Un día llegó un caballero quiteño de visita; el padre llamó a su hija—ya bien crecida— a saludar; entra la chicuela, se aproxima al visitante, y-----con sonsonete de indio, dice “Sacramento Patrón”-----Tableaux!

Indecible fue la angustia del pobre hombre. Al día siguiente mandó su hija a Francia. “Talvez—dice Doña Vicenta—siga saludando, en su tierra, como lo acostumbran por aquí los indios”-----

Pomasquí fue, hasta no há mucho, concurrido balneario de la sociedad de Quito; de repente una irrupción, esporá-

dica, de perniciosa puso espanto en las familias y nadie volvió a veranear en la desacreditada localidad. Al presente todo el movimiento del burgo se reduce a lo local y al tráfico del norte que es reducido.

El temperamento es agradabilísimo ; pero, a ciertas horas del día, abunda el desesperante jején.

Disto, Pomasqui, unas cuatro leguas de Quito, falta una buena carretera. Cuanto a medios de locomoción—aparte de la bestia—se consiguen autos y coches pidiéndolos exprofeso a las agencias en Quito por alambrazo y, son costosos (el servicio de vehículos de ruedas es en general carísimo); una empresa llamada la "Rápida" presta servicio económico con una especie de ómnibus ; pero esto merece capítulo aparte.

VI

La Rápida.—Llegada a Quito.—Gente bondadosa.—“Como te me presentas te recibo, como me tratas te despido.”

Primeras impresiones.—El Dr. Sáenz está enfermo.

Citados para las doce meridianas en la telegrafía [Agencia de la Rápida] ahí los viajeros fuimos llegando con puntualidad británica; nosotros dos, un matrimonio—el Sr. y la Sra. N*—jóvenes a juzgar por las voces; un caballero solo y los que se tomaron por el camino.

Tic, tac; tic, tac el péndulo de la oficina, ya las doce y media. Para distraer el tiempo... charlar con el telegrafista, un sobrino nieto del famoso D. Julio y también de apellido Arboleda; hombre simpático y servicial. La una... y “qué es de la Rápida?” preguntamos, ya medio aburridos, los viajeros. “Ahorita está lista, fueron por las mulas” era la obligada respuesta.

Subía de punto el aburrimento, cuando a eso de las dos llegaron postillón y zagal dando disculpas y prometiendo recuperar el tiempo perdido. A la postre "al coche!" dando comienzo el viaje.

El arenal es profundo; eso ya lo habíamos experimentado con Caicedo en nuestros paseos de la víspera; al poco de andar se echó de ver que la Rápida, a pesar de sus cuatro mulas, saldría con trabajo. Así aconteció en efecto.

Después de una bajadita hasta el puente sobre la quebrada, la vía endereza cuesta arriba con gradiente discontinuo, culminando el ascenso en Cotocollao, pintoresco pueblito de las goteras de la gran urbe. De Cotocollao a Quito todo es cuesta abajo.

Pues bien, al comenzar el primer ascenso las mulas dijeron que no podían. El ómnibus era pesadísimo y lleno de gente: figúratelo lector! Gritos, latigazos, amenazas al zagal.....todo inútil. "A apearse señores"; todos bajaron menos la señora de N** y yo que nos quedamos adentro.

Y como ni así se movía el armatos-

te, los pasajeros se pusieron a las ruedas y----- vamos andando. Hacía un solazo de padre y señor mio.

El señor y la señora N**, modelos de amabilidad, se relacionaron espontáneamente conmigo quizás por bondad de corazón. Qué pareja de jóvenes tan simpática! La señora N**, sobre todo; tenía una charla deliciosa y un reír que encantaba. Qué bonita debe ser, no puedo imaginármela de otro modo!

Al poco los de adentro del pesado carretón estábamos familiarizados y reíamos a mandíbula batiente a cada nuevo estropicio de la Rápida. Más señoras entraron en alguna revuelta del camino; quedamos, eso sí, como caja de sardinas.

Con el aumento de peso, proporcional aumento de las dificultades de tracción, más frecuentes apeadas a las ruedas y mayor divertimento dentro del ómnibus.

Hasta ahora sólo me he referido a lo que pudiera llamarse la proyección horizontal, cuanto a la otra eso es harina de otro costal y cuento aparte.

Saltaba, la Rápida, en los canji'ones peor que lancha en mar agitado y nos ha-

esta bailar adentro que parecíamos titeres. A tiro de volcarse, a veces, los de un lado daban sobre los del frente y más de uno de nosotros salió con chichones en la cabeza y magulladuras en diferentes partes. Qué camino tan descuidado! Se conoce que nunca jamás ponen mano en él y, tan fácil que fuera arreglarlo!

Pero no se crea que el viejo mamotreto o remedo de ómnibus es el único vehículo que se atasca en los arenales de la vía Pomasqui-Quito.

Unos caballeros pastusos que pernottaron también en Pomasqui se dieron el lujo de cochear. Qué de ligero nos adelantó el lujoso landau con su bonito tronco chileno cuesta abajo. En la primera profundidad ahí quedó estacado el de los alazanes y ——— se reía el viejo postillón del vetusto armatoste—vulgo *La Rápida*—cuando volvimos a adelantarnos. Con orgullo dirigióse a los de adentro y con desdeñoso ademán mostróles el atacado, lujoso vehículo diciendo “Ya lo ven Uds. no hay como lo nuestro; bien hicieron en tomar tiquete de *La Rápida*.”

En esto— y bien atardecido—llega-

mos a Cotocollao. Aquí la remuda y de para adelante.....a tenerse pasajeros, porque comienza lo bueno!

Cotocollao dicen ser un sitio encantador de recreo con sus lindas, elegantes villas y chalets; aires puros y sabor campestre. Los N^o nos brindaron de la cerveza nacional de Guayaquil; famosa!

Todo el camino, en lo sucesivo, va de cuesta abajo. Mulas frescas y de bajada! La Rápida conviértese en rápida, mas diré, en vertiginosa y el bamboleo, tumbos y saltos toma proporciones tales que es verdadero milagro que los pasajeros no lleguen a Santa Clara desarmados en sus piezas componentes.

Traquea, el vehiculo, parece que se descuajaringa, que se desmenuza, que se disloca; mas por un portento permanece enterito. Muchos calculan que la armazón es hecha con fierro del que fabricó Tubalean el cual es fama—por especial favor de Dios—es indestructible. Yo participo de esta opinión.

Cuando se podía hablar sin grave riesgo de mocharse la lengua, una de las señoras nos contó que no hacia muchos

días no teniendo pasajeros, La Rápida la habían ocupado para transportar un poco de maíz en caspa (en mazorca). El dueño del grano, en Quito, tuvo la grata sorpresa de recibirlo perfectamente desgranado. *Se non e vero.....*

Hétenos en Sta. Clara—la estación del tranvía—en la muy ilustre y noble ciudad de San Francisco de Quito! Hétenos al término de nuestro viaje sanos y salvos! Bendita la Providencia que nos trajo como de la mano; que todo siga así y aquí ha de hallarse lo que vine a buscar!

Tales eran mis exclamaciones interiores y creo lo fueran también, las de Caicedo.

Estupendo me pareció el tranvía, pude darme cuenta de la amplitud de los carros, la suavidad del arrastre y de la cortesía de los conductores. En la plaza del teatro nos apeamos—nuestro destino era el Hotel Ecuador, a donde remitiera, con antelación, el modesto equipaje—la señora N** me tomó del brazo, manifestándome que ella y su esposo me conducirían al hotel. Gente bondadosa!

imposible os es imaginaros cuánto agradece mi alma esta ligera pero oportunísima atención; bien se ha dicho que lo que vale en los servicios es el amor con que se hacen y su oportunidad.

En la puerta del Hotel Ecuador recibíome el Dr. Jácome, dueño del establecimiento, con su corteza genial, genuinamente parisiense; condújome al cuarto preparado; el número 12, lo recuerdo con cariño. Charlamos un rato; curioso debería estar el caballero quiteño por tomar informes del ciego; pero su educación impidiérale de ser inquisitivo. Se despidió enseguida con el texto de un proverbio chino que se me ha quedado en la cabeza: "Como te me presentas te recibo, como me tratas te despido."

Todo debió ser bueno entre el Dr. Jácome y yo, porque en el Hotel Ecuador me trataron muy bien y cuando nos despedimos quedamos muy amigos. Este hotel que no necesita recomendación (si la necesitara ahí va la mía amplia y completa) es muy simpático para nosotros por ser frecuentadísimo por colombianos, aparte de su mérito intrínseco.

Solos quedamos mi Secretario y yo al término de la jornada, acomodados de una manera decente y llenos de esperanzas. "Ahora sí, Luisito, échese a la calle hasta dar con el Dr. Sáenz; ni ropa me cambio; primero el oculista"; y el buen amigo largóse a desempeñar su cometido.

Hago un esfuerzo de conmemoración para traer al foco el recuerdo de mis primeras impresiones en la capital ecuatoriana. Cuán difícil es esto!

No hay duda que lo primero fué la sensación de confort al sentirme en un aposento que comprendí era alegre y decente: luego mi alma se fué de para atrás a los lejanos recuerdos de mi juventud ardiente; las comodidades que disfrutara, y se perdía en las borrosas lejanías del pasado.

Cosas más próximas venían enseguida; mi vida en las montañas, la abnegación de S---, el trabajo duro y sostenido; después la guerra mundial, las dificultades, la enfermedad.

Ciego más tarde, ya más de dos años; mi vida en Túquerres dedicado a

escribir dictando, a enseñar a los pocos que se me allegaban y departir con tal cual amigo que, a ratos, buscara mi sociedad.

No puedo, en este punto, dejar de hacer un recuerdo de los secretarios que, en época de tanta miseria, me acompañaron leal y valerosamente; primero Francisco Muriel y ahora L. M. Caicedo. Reciban la expresión de mi inmenso agradecimiento.

Al compulsar, en mi interior, mi vida entera tengo que reconocer que la parte de ella que fué mejor empleada han sido los últimos tres años durante los cuales la desgracia ha purificado mi corazón y acrisolado el amor a mis hermanos, el ansia de concordia y caridad.

Al principio me daba mucha vergüenza dictar—al escribir sentimentalmente—pero la fui perdiendo poco a poco, a todo se acostumbra uno.

“La Vida en los Andes colombianos” y la biografía de mi padre [el Dr. Nicolás Pereira Gamba] son los hijos de este periodo de mi vida en que a oscuras para lo material he vivido en la más

grande iluminación interior. Quizás pueda dar a la prensa lo que he dictado a mis secretarios.

Pero qué puede haber más satisfactorio para mí que el trabajo desinteresado en favor de la Sociedad Obrera de Mutuo Apoyo de Túquerres?

No es contribuyendo al desarrollo de una sana política obrera como mejor laboramos por el bienestar de nuestra patria?

Durante estos últimos años escribí bastante sobre asuntos obreros y ya rematadamente ciego trabajé la *fórmula de justicia natural* para la equitativa distribución de una contribución directa.

Si, estos años han sido bien empleados y más aún, a mi ceguera debo la conquista del ideal—fuerza que me gobernará en lo que me resta de vida.

No hay duda; los caminos del Señor son tortuosos, El nos conduce por sendas ignoradas y cuando somos dóciles, tras las abruptas crestas y temerosas selvas, se abren para nosotros espléndidas lontananzas.

Muchos dicen que la conformidad no

es virtud; hay que distinguir: si por conformidad se entiende la postración, esto es enfermedad; mas si por el contrario, entendemos la valerosa actitud ante el adverso destino, la no desesperanza y el orilleo para sortear las circunstancias, he aquí una gran virtud.

Con orgullo puedo decirlo—y lo he probado—soy un hombre conforme en el segundo sentido. En este punto de mis reflexiones me cortó Luis el agua que mueve el molino interior diciéndome: “ya dí con el consultorio del Dr. Sáenz, y una señorita empleada allí me ha dicho que el doctor está en el campo, enfermo.”

Qué contrariedad!

Para dar remate a esta larga tirada en que me ocupo de mí mismo tengo que decir que mi principal preocupación respecto de la vista era que la enfermedad fuese algo profunda y no cataratas o algo operable. En los últimos días del viaje había sufrido mucho pensando en esto. Si no era operable, qué hacer? Un viaje perdido y hasta ridículo; un dineral para mi situación presente.

De aquí mi afán por ver al especia-

lista; salir pronto del susto. Obraba, muy desfavorablemente, en mi ánimo la opinión de un médico, amigo mío, el Dr. X--, contraria a la catarata y, apesar de no aceptarla totalmente lo cual me hubiera desesperado, si me mortificaba bastante.

Qué mal hacen los galenos con algunos diagnósticos intempestivos! Me viene a las mientes el recuerdo de R-- B--, cachaco bogotano de los mejores y joya de nuestra sociedad *in illo tempore*.

Era el amigo a que me refiero joven bien rico, queridísimo y mimadísimo de todo mundo. Pues bien, un día un facultativo de fama en Bogotá le diagnosticó una grave dolencia al corazón.

—“Y cuanto viviré?” preguntó R--.

—“A lo más un año,” replicó el doctor.

—“Está Ud. absolutamente seguro de ésto?” insistió el paciente.

—“Segurísimo,” fue la réplica fatal.

Qué sucedió! R-- hizo todos los arreglos del caso para comerse su fortuna en el año del plazo como lo llevó a cabo, en efecto.

Pero, al vencimiento, no le llegó la muerte sino la miseria; la horrible, asquerosa miseria de un elegante que no sabe trabajar, que no es capaz de sobreponerse a la fuerza de las cosas o tomar el portante,

Vivió R-- más de quince años en la más abyecta condición, sostenido por algunos amigos de limosna y por una mujer----- *Et nunc intelligite*-----

Interin se mejora y viene a la ciudad el Doctor, resolvemos pasear viendo cómo se pasa el tiempo. Me siento muy mal trazado y desearia comprar ropa; va Luis a informarse. Qué horror! los precios, en Quito, son tales que nos aterran; cuarenta, cincuenta, ciento por ciento en comparación con los de Nariño.

A qué obedece esto?

VII

El problema monetario.—Escasez de moneda fraccionaria.—El cambio.—Intervención oficial en lo económico-comercial.—Exportación de víveres.

Con todos cuantos uno conversa oye la misma cantaleta. No se habla sino de los altos precios, la escasez, el subido tipo del cambio; en fin, de la cuestión económica palpitante. Y hechar pestes al Gobierno, atribuyéndole—cual se hace en todas partes en época de crisis—el mal estar presente.

La causa última de todo aquí en el Ecuador, como en Colombia, es la perturbación producida por la Conflagración; las rentas de aduana mermadas y la bancarrota fiscal.

Por este o el otro motivo es el caso que, en la actualidad, esta República está en un régimen monetario de papel; convertible o inconvertible, eso se sabrá luego cuando se ajusten las cuentas; por ahora basta constatar el hecho.

Pero el régimen de papel moneda ecuatoriano no es idéntico al que tenemos en Colombia, es de otra clase y, con grave riesgo de que sea peor.

La historia de la genesis de semejante estado de cosas se puede escribir en dos palabras. Los bancos de emisión fueron autorizados por la *Ley de moratoria* para no cambiar sus billetes por metálico hasta nueva orden. El metálico ha desaparecido y todas las transacciones se efectúan con billetes de los bancos particulares porque no existe uno nacional.

La desconfianza al billete, en semejantes circunstancias, es general; de aquí el alza de las cosas que dependen del tipo de cambio con el Exterior y de las demás, también, por contagio.

Qué se ha hecho la moneda metálica? Hay mucha variedad de opiniones. Dicen unos que ha emigrado del país; otros que la tienen los bancos guardada para responder de sus billetes en el momento oportuno; de lo uno y de lo otro debe haber.

Pero si, por una circunstancia cualquiera, en llegando el momento algún banco no tuviera en caja bastante, las co-

sas se complicarían de manera muy grave.

En todo caso la situación del Ecuador por el motivo monetario es muy delicada.

Como símbolo fraccionario lo único que hay son nikeles, desde un centavo hasta diez. Moneda muy incómoda; sucede también que los nikeles se han escaseado y, en ocasiones, es imposible hacer transacciones que no sean en sueros enteros. "No hay vueltas" dicen en todas partes aun mismo en correos y telégrafos. Desesperante!

El tipo del cambio es elevadísimo:

Billete por plata ecuatoriana, premio de la plata . . .	20 %
--	------

Billete por plata colombiana, premio de la plata . . .	33 %
---	------

Oro amonedado premio	200 %
Giros premio	187 %

Estas cifras sólo muestran el estado de un momento, fluctuarán en alza o ba-

ja pero sirven de indicador del fenómeno. [1]

El Gobierno ha intervenido para fijar un tipo oficial compulsorio sin resultado práctico cual era de esperarse; los negocios se hacen a los tipos comerciales sin preocuparse del oficial.

Esta alza del cambio ha traído numerosos negocios con Colombia y mucho movimiento de intercambio. Traer letras, cambiarlas aquí por sueres, invertir estos en géneros ecuatorianos de buena aceptación en Colombia y finalmente recuperar allá la buena moneda; tal es el ciclo de esta operación productiva que sólo necesita un poco de actividad para conducirse.

Cuánto gusto dá encontrar tanto paisano! Cuánto agradezco las múltiples pruebas de interés que me prodigan!

Atribuye la gente la escasez de viveres a la clandestina exportación, pues está prohibida, por Guayaquil al extran-

[1] Al escribir esto, Noviembre 16, con motivo de la terminación de la guerra se nota tendencia a la baja del cambio sobre el Exterior será duradera!

jero. Mucho se publica sobre la materia con cuadros estadísticos. En mi sentir algo habrá de tal exportación, pero lo más debe atribuirse a malas cosechas y aun a la influencia de las erupciones volcánicas; baste saber que el Tungurahua está en una formidable erupción desde hace meses y las cenizas han hecho perder mucho plantío en Ambato, Riobamba, etc.

También por este capítulo se han desarrollado negocios colombo-ecuatorianos reproduciéndose lo que pasó ahora diez años cuando la grande carestía en Nariño, pero al revés. "Ahora les devolvemos lo que nos dieron la otra vez," dicen los arrieros que entran trayendo artículos alimenticios colombianos.

La conflagración mundial ha traído el acercamiento de los países de la América Latina en general; su resultado más inmediato es la expansión de nuestro comercio con el Ecuador y más apretamiento de vínculos de amistad, mejor dicho, de fraternidad.

Se hecha de ver por muchos motivos que el pueblo de Quito no es paciente y

es de temerse que las cosas se pongan trabajosas si la situación económica continúa mal.

En fin, amanecerá y veremos.-----

Parece mentira que yo me hubiera informado tan ligero de tanto asunto. Es la pura verdad, me sorprende; mas es lo cierto que al otro día de llegado remití al "Correo de Nariño" un largo artículo *Cuestiones ecuatorianas de actualidad* que le dié a Caicedo. Admirase el buen muchacho pero yo le digo "Eso y harto más puedo hacer porque no cargo pereza."

Mi secretario arregló satisfactoriamente—atendiendo estómago y bolsillo—todo lo relativo a régimen alimenticio que había de solicitarse fuera, pues en el Hotel Ecuador sólo hay vivienda; que damos establecidos en la expectativa de lo principal, mi operación de los ojos.

Buscando procedimientos de la más severa economía, caíamos siempre en gastos y gastos; hilos delgadísimos de centavos que forman Amazonas de sueros.

Esta vida me trae a la memoria una anécdota familiar. Llevara mi papá a Londres a un sirviente de la hacienda — oh Paiba cómo te recuerdo! — y a la vuelta le preguntaban en la casa, cómo era la metrópoli británica; el muchacho reducía sus observaciones londinenses a la frase "mi señora: chelin por lo que ve y chelin por lo que no ve". Así es tan por aquí; todo mundo se queja, pero es que la civilización y el progreso traen necesidades, cuanto importa es que se consiga trabajo remunerado suficientemente para satisfacerlas. Ahí está el *quid*.

VIII

*Paseos entre el bullicio. — Imposible formar-
me idea de Quito. — Libros de alquiler.*

*— Wolf y sus obras. — Historias
varias. — Ricardo Palma.*

*— La prensa quite-
ña. — Varia.*

Pasear entre el bullicio llevado por
lazarillo, qué horror! Y a-i andabamos

sin poderme dar cuenta de la ciudad. Caicedo me repetía los nombres, las explicaciones; pero todo se me volvía una confusión.

La nerviosidad, por supuesto, grande; los autos, el tranvía, los coches..... todo me causaba una impresión infernal, y, no tanto por el temor de ser atropellado, cuanto por el cervical miedo al ridículo de un percance.

Pronto me di cuenta que Quito posee una cualidad incomparable: nadie separa en uno ostensiblemente y lo gobierna todo la genial afabilidad ecuatoriana. Esto es delicioso!

Las exclamaciones de mi compañero me hacían entender que había edificios y obras muy hermosas, sobre todo el parque de la Independencia, y el Pasaje Royal. De las mujeres no se diga porque yo le averiguaba mucho sobre el capítulo y Caicedo pondera, que pondera. ¡Caramba! qué sabroso tener ojos!

Un percance que me pasaba a cada rato se me ha quedado impreso. Cargaré permanentemente mi paraguas (el viejo paraguas que desde Túquerres me

acompañía y por el viaje) bastante esponjado de arriba; a cada rato se enredaba, el maldito, en el fleco o blonda de los pañolones o mantillas de las mujeres y, a veces, qué de bregas para desenredarlo. Nunca oí una frase impaciente o colérica, muy de esperarse; siempre el percañe era tomado amablemente con risa de amistoso interés.

El tacto del pié, ya lo he dicho talvez, se desarrolla extraordinariamente en el ciego; en ocasiones tal parece que hubiera una premonición de los obstáculos. Creo que muchos ciegos deben tenerse formada una teoría de que *las cosas les avisan*. En esto hay algo muy curioso y digno de estudio.

El olfato me indicara bastante, sobre todo, respecto del bello sexo. Ninguna hembra, de las que se perfuman, huee a patchouli; el perfume más usado, entre los baratos, es una escencilla acanelada, suave y algo beata. Preferimos las calles más solitarias — que no están lejos de las bulliciosas — para nuestros paseos, evitando el gentío.

Una observación muy importante

que he podido adelantar es que el ejercicio corporal no es nutritivo para el ciego. Cansa el andar a pié; pero el paseo no aporta al cuerpo esa deliciosa sensación de bienestar que consigue el sano.

Los ojos, además de ver, desempeñan funciones de orden complicado y hondo en la neurología, en el funcionamiento glandular; sabe Dios donde, importantísimas. Cómo se explicaría la densa palidez de los ciegos?

En nuestra pieza, en el Hotel, a leer y a dictar. La paciencia del compañero inagotable; mi afán por adquirir información insaciable.

Cómo conseguimos libros? Comprarlos imposible; prestados, quién nos los presta!

Teniendo en cuenta la rapidez con que leemos, necesitamos una biblioteca, bien provista, a nuestra disposición.

La librería Muñoz presta un famoso servicio con su sección de obras de alquiler. Pagando muy módica cuota mensual se obtiene un buen servicio de lectura. Allí me inscribí y cuenta que el empleado se ha admirado de la devorante rapi-

dez con que leen estos clientes de última hora. Necesitaba darme cuenta de la historia y geografía del Ecuador (dos temas que van junticos como ciego y lazari- llo), de la geología del país y de su lite- ratura nacional. Y a solicitar libros ade- cuados!

Al nombrar el Ecuador se nombra siempre, implícitamente, a García More- no. Quería darme cuenta precisa del hombre extraordinario que llena páginas y páginas en la historia de este país. Nada desapasionado se ha escrito sobre él, ni esto es posible.

Pero leyendo de unos y otros queda en la mente una mezcla de partes propor- cionales que debe ser la verdad.

El libro del P. Verthe—parece menti- ra que en época reciente y para un pue- blo democrático se escribiera semejante apología del absolutismo teocrático—con su espantosa exageración de doctrina ab- solutista da, sin embargo, mucha luz sobre el personaje. Un republicano tiene que llenarse de paciencia para avanzar en la lectura de la obra, mas la curiosidad es la madre de la ciencia. Bonitos nos po-

ne, el energúmeno escritor, a los colombianos! Vaya con el P. Vertho y su libraco!

No hay duda que García Moreno fue un gran patriota, fue sincero y de una pieza. País que produce de estos hombres es un gran país. Estoy seguro de que, en un futuro no muy lejano, el legendario presidente que despertó amores idolátricos e irreconciliables odios, tendrá su estatua queharto la merece.

Nuestro Suárez—del actual momento— tiene mucho de la psicología de Don Gabriel, pero le falta el vigor físico y el hirviente, bullidor espíritu de progreso.

La geología de Wolf la había leído, con gran interés, hacia tiempos; aquí encontré los informes parciales de las provincias cual los rendía al gobierno este naturalista laborioso y genial. Gracias a ellos complementé mi ilustración en capítulo que tanto me interesa, la Geología andina.

Este gran hecho natural: *la unidad geológica de la cordillera de los Andes*, es lo más atrayente para el estudioso.

El pliegue de la corteza terrestre en

toda la longitud de un meridiano se presta para hacer cavilar.

En tiempo de Wolf no se barruntaba siquiera que la geología daría un ramal fructífero, por demás, en aplicaciones prácticas: la *Geología Económica*, es decir, la que estudia especialmente los yacimientos minerales y todo lo relativo a génesis, etc. de las minas. Por faltarle esta preparación no pudo hacer obra valiosa en el sentido de poner en manifiesto la riqueza mineral del Ecuador y, tal trabajo está por hacer.

Por primera vez, ahora, me hice conocido con Ricardo Palma, qué maravilla de escritor! Qué gloria tan grande para su patria; créaseme lo envidio para Colombia! Han leído Uds. las "Tradiciones Peruanas," señores lectores? Si no lo han hecho, no pierdan un momento léanlas. No es tiempo malgastado, se distraerán enormemente y sacarán, provechosa, instrucción histórica.

No sé si se ha hecho el trabajo de formar un diccionario con los refranes y dichos de Palma. Tengo intención de emprenderlo pronto; jamás se ha for-

mado colección tan monumental de populares modos de decir como la que se encuentra regada en la marivillosa obra del historiógrafo perulero.

Hablando de historia se me viene encima el giganteezo acervo de documentos de historia colombiana que existe en los archivos de esta, por mil títulos, encantadora ciudad de San Francisco de Quito.

En la curia eclesiástica, los archivos, contienen un verdadero tesoro relacionado con el S de Colombia. Estos archivos estuvieron hechos un desastre en época anterior. El Ilmo. Sr. González Suárez se propuso ponerlo en orden y comisionó al distinguido caballero quiteño D. Isaac Acosta—muy dado a los estudios de esta clase—para su ordenación: desgraciadamente la muerte del Ilustre Arzobispo puso fin al comenzado trabajo.

Se espera, ahora, la llegada del Ilmo. Sr. Pólit quien probablemente reanudará la labor—que es de imperiosa necesidad so pena de que se pierda un tesoro histórico—del arreglo del archivo.

En época anterior, casi reciente, era peligroso para los colombianos el meterse

a desenterrar papeluchos de los archivos, pues se creía generalmente— hasta cierto punto con razón— que se buscaban documentos de linietex. Ahora la cosa varia con el tratado existente.

Me da pena decirlo, créase en la sinceridad con que hablo, pero es indispensable reconocer que el movimiento intelectual en el Ecuador es flajísimo. En Guayaquil, según común decir, lo hay más que en Quito; pero siempre poco.

Al presente se levanta una pléyade de jóvenes que han estudiado seriamente en Europa y que están encauzando la corriente intelectual con acierto; mas para llegar a la completa expansión se requiere tiempo, tiempo y más tiempo.

Sólo se sostienen tres diarios en Quito: "El Día," "El Comercio" y "La Nación" de modesto formato si se comparan con los de Bogotá por ejemplo. En materia de otra clase de publicaciones, poco, muy poco. La "Revista Jurídico-literaria" es bien notable y la "Revista de historia"—en la que se están publicando interesantes estudios americanistas de prehistoria—creo sea de bastante me-

rito. Lo dicho me viene de información que a un lado y otro he obtenido. Ah! si tuviese la vista podría juzgar más atinadamente y con mejor criterio.

IX

*La colonia colombiana ; hay que organizarla.
—Acción oficial, iniciática privada.—
Trabajo y no limosna es lo que se necesita.—Indispensable la propaganda en Colombia.—Concibo la idea de fundar un periódico destinado al fomento de la expansión comercial Colombo-Ecuatoriana y a los intereses de la colonia.—Se quedará en proyecto?*

Desde Pasto, esto es, hace años tenía conocimiento de lo numerosa que es la colonia colombiana en el Ecuador, la cual viene formándose desde la época de la Independencia y la Gran Colombia.

Más tarde emigraciones numerosas, por causa de los disturbios políticos, con-

tribuyeron a acrecentarla; al presente una corriente lenta, pero continuada, la engrosa día tras día. La ecuatoriana, tierra hospitalaria, nos recibe propicia.

Don Julian Bucheli me refería, con detalles pintorescos, todos los pereances de la emigración [1876] de numerosísimas familias de Popayán, Pasto y otros lugares del antiguo Cauca al Ecuador. Los Urrutias, Olanos, Buchelis, Villotas, Zaramas en fin, la mar de gentes acomodadas que se vinieron huyendo de los horrores de la guerra civil.

Así, pues, yo tenía bastante precisa información que aquí he podido complementar.

Es de tanta importancia el asunto que me ha parecido indispensable dedicarle un capítulo especial. Ojalá hubiera podido reunir suficientes datos, desgraciadamente se carece de ellos. Hay que resignarse haciendo lo que se pueda.

La colonia está formada por un elemento fijo [los domiciliados a perpetuidad] y otro flotante [los negociantes y trajineros]. Aparte de esto hay un elemento, muy de tenerse en cuenta, que

son los ecuatorianos de origen colombiano, numerosísimos; los últimos, como es natural, simpatizan con nosotros de manera que algunos, nos manifiestan acendrado afecto.

Las otras divisiones que se imponen, al tratar de nuestra colonia, son la económica-social y la geográfica o distribución por provincias. Se asegura que lo más numeroso y granado de la colombianería reside en las provincias costaneras.

Como en toda sociedad, nuestra colonia, está formada por ricos, gentes de buen pasar, pobres y miserables. Pero el rasgo característico—pena da decirlo—es la indiferencia, la desunión más que completa y la absoluta carencia de vínculos. Cómo es posible esto? No somos hermanos, hijos de una misma madre? Así nos miramos sin amor ni vinculación?

Es indispensable que las cosas cambien; cambiarán no lo dudo porque en la colonia existen algunos elementos que ansian la organización, ellos sabrán despertar en los demás la dormida fraternidad.

Puede decirse que sólo falta una, seria organización. Comenzar la obra; he

aquí la cuestión, una vez principiada andará sola. Pero no involucremos.....

La falta de una estadística me incapacita para emplear cifras exactas; sin embargo, el decir general es que la colonia se arrima a cuarenta mil (40.000) individuos, lo que creo excesivo. No obstante asegurarse que en el litoral y costa pasan de veinte mil (20.000) los colombianos, el número total se me hace exajerado. Aceptaré como cifra probable treinta mil (30.000).

Pues bien, nuestro gobierno debería tomar las medidas del caso para atender las necesidades de tan numerosa colonia, y qué hace! Nada, absolutamente nada.

La base de toda organización social es la estadística. Como el comerciante sin libros, las naciones sin estadística van a ciegas; todo el negocio anda mal.

Lo primero, con nuestra colonia, es censarla. Levantar un censo, lo más exacto posible con detalles de sexo, edad, vecindad, profesión, situación económica, estado civil y sanitario, etc., etc., con además—dentro de un sistema de absolu-

ta reserva—las condiciones de recomendabilidad.

Como el número no es demasiado grande y hay facilidades especiales creo que el censo colonial no causará al gobierno colombiano erogación crecida; aparte de la acción oficial hay que tener en cuenta la privada como especial, valiosísimo auxiliar y el interés inmediato de los colombianos emigrados.

Para la completa organización salta a la vista que es de suprema importancia establecer consulados en el mayor número de localidades ecuatorianas; los consulados deben ser *ad honorem* entre los ciudadanos de buena voluntad.

El consulado en Quito, por ejemplo, es de la mayor urgencia. El Ministro tiene mucha ocupación; además, su carácter diplomático, su posición misma no le permiten ciertos trabajos que un agente de otra categoría pudiera llevar a cabo: pero este consulado, como los otros, debe adscribirse a un titular lleno de espíritu público que se traduzca en amor a sus co-terráneos.

Censo y consulados bastan para la

acción oficial; ni trabajoso, ni costoso; el resto depende de la acción social privada. Vamos al asunto: En bloque la apremiosa necesidad de organizar la colonia colombiana aquí tiene que comenzar por la formación de centros respetables de activa acción social.

Que lo más rico e influyente se congregue en núcleos para que de ellos irradie a todo el organismo la vida, el movimiento. A semejanza de lo que nos enseña la biología los fenómenos de irradiación nucleal se reproducen en sociología.

Centros poco numerosos pero entusiastas con el fervor que solamente la caridad puede dar; porque, en definitiva, del amor, de la caridad debemos esperar lo todo.

Escribir minuciosidades no conviene. Imagínese, el lector, los centros irradiantes y cuánto de ahí surge; me evitará el trabajo de escribir, evitándose, al mismo tiempo, el fastidio de leer.

Las funciones de los centros de acción social, en el caso presente, son las siguientes:

1°. Mantenimiento de los censos e informes.

2°. Moralización de la colonia, expurgándola de los elementos nocivos.

3°. Ayuda a los necesitados; no en forma de limosna, sino en la de trabajo remunerado o recomendaciones, etc.

4°. Hospitalización de los enfermos y desvalidos.

5°. Repatriaciones y gestiones varias.

6°. Propaganda en el país y en la patria que concorra a estrechar los vínculos tanto entre los colombianos entre sí, como entre éstos y los ecuatorianos.

7°. Expansión comercial y fraternidad de trabajo colombo-ecuatoriana.

He aquí todo un programa. Un programa de alto patriotismo y perfecta caridad. Seremos capaces de ponerlo en práctica?

Dos puntos, delicados de suyo, hay que tratar con algún detenimiento: Es el primero, *los necesitados*. La colonia es numerosa, una gran mayoría de ella está formada por trabajadores, emigrados pobres; en fin menesterosos. Imagino que lo nu-

meroso de las solicitudes ha sido la causa del retraimiento de los que están en posición desahogada y su desvío. . . . El capítulo de los necesitados lo remedia la organización por medio del trabajo. *Trabajo y no limosna es lo que necesitamos.*

El otro punto, delicadísimo, es lo referente a *malos, dañados o nocivos elementos* en la emigración colombiana. Raros son, rarísimos afortunadamente, los malos tipos que ingresan a nuestra colonia, en el Ecuador. Pero. . . . siempre a veces, los hay.

Si la colonia estuviese organizada, la organización por sí sola sería un enérgico morigerante; aparte de esto poseería medios de corrección aun cuando se redujesen a simples amonestaciones que, en el caso, tendrían un carácter colectivo.

Sobre la base de una organización formal, fácil sería también la expurgación. No puede el organismo social defenderse, por eliminación, cual lo ejecuta el biológico en el seno de la vida celular?

Para qué extenderme más, si con lo dicho basta para hacer reflexionar a todos y animar a los bien intencionados.

Punto, pues, a los considerandos de orden general.

Supongamos que sean treinta mil [30.000] los que constituyen la colonia en su parte fija; es mucho suponer que la mitad estén reducidos a la mínima expresión, pero supongámoslo. Entre los quince mil restantes imaginémoslos categorizados así:

Ricos-----	500
De buen pasar-----	6 000
<i>Au jour le jour</i> -----	8 500

No podrían cotizarse en favor de la organización, los ricos a \$ 5,00 mensuales; los siguientes a \$ 1,00 y los últimos a \$ 0,50? Evidentemente que sí. Entonces tendríamos un ingreso mensual de doce mil setecientos cincuenta pesos [\$ 12 750,00] Es decir una fortuna que bien administrada pondría a la colonia en la mejor situación con amplia beneficencia, hospitalización, expurgación y repatriación.

Mediten, mis coterráneos; pongamos mano a la obra, que el Señor lo dice "Ea,

pues, levántate, pon manos a la labor que yo te ayudaré" --- --

Aun es más lo que se puede recolectar porque hay menos de quince mil indigentes; fuera de que despertado el patriotismo y la fraternidad todos contribuirían con algo aunque fuera un centavo, también los ricos ayudarían con más.

Pero tengamos en cuenta que de Colombia puede venir auxilio permanente haciendo la propaganda allá. De eso estoy seguro. Sólo falta el espíritu público, está dormido, despertémoslo.

Tanto cavilo, tanto me preocupa el asunto, tan a pechos lo tomo que me digo: "Porqué no fundo un periódico? Ciego y tolo yo puedo escribir, puedo dictar. No he escrito tanto con Luis! No será que falta aquí una voz, una sola voz?

Tengo fé, la fé más absoluta en que todo cuanto se hace con absoluto desinterés sale bien. No estamos llenos de ejemplos?"

Y me formó la firme resolución de emprender la campaña por la prensa con periódico propio. Se convertirá en sueño mi esperanza!

X

Luminosidad de la atmósfera.—El clima de Quito.—El Dr. Angel Sáenz.—FIAT LUX!—Lo que sólo a pocos les es dado saber.—Renacimiento.—De sorpresa en sorpresa.— Bendito sea Dios!

Diríase que el ciego no se forma idea de la mayor o menor cantidad de luz presente: pues muy al contrario, la exitada retina aprecia admirablemente los cambios luminosos. Así sentía yo la bella, luminosa atmósfera de Quito sin verla sino apenas como débil reflejo. En todo el departamento de Nariño la atmósfera es muy opaca, aparte de las nieblas frecuentes, hay señalada la opacidad del ambiente; a esto atribuyo el color de cirio de los pastos.

Como las grandes quebradas de que hablé al principio de este libro desaguan al talveg del Patla y todo el territorio es

montañoso resulta que los densos vapores que se forman allí, con la humedad vesicular, suben ya por el Juanambú, ya por el Guaitara adueñándose del territorio para hacer húmedos la generalidad de los climas de esa parte del sur de Colombia.

Quito libre de tales influencias meteorológicas disfruta de un cielo siempre azul y de una atmósfera diáfana. Cuánto envidiara a los que, con ojos, podían contemplar el cielo que imaginaba esplendoroso cual el de Bogotá, la idolatrada ciudad natal! Oh! cielo de Bogotá tan limpio y tan azul!

En el fenómeno puede influir también la proximidad a la línea equinocial, a más de algo relacionado con el estado eléctrico de la atmósfera, estado que decide en toda cuestión climatérica de modo preponderante. El punto está mal estudiado aun para el detalle, pero conocido en conjunto.

No vacilo en afirmar que el clima de San Francisco de Quito es el mejor, indudablemente, el más delicioso del mundo. Todo contribuye, todo concurre para hacerlo así. Véase una cosa rara, mi

afirmación de ahora concuerda con la de todos los viajeros; todos cuantos visitan la histórica urbe unánimes exclaman "Este es el mejor clima del mundo!"

Con muy cerca de 2 900 m. de altitud, Quito, con una exposición menos favorecida tendría un temperamento sumamente frío—casi, o sin casi, el de Túquerres. Gracias al resguardo de los cerros su temple es agradabilísimo. Bogotá es—en números redondos—300 m. más bajo que Quito y es, sin embargo, mucho más frío.

Por todo mi cuerpo, cual suave, permanente baño de un vapor delicioso, se infiltra el luminoso y tibio ambiente. Los nervios se reaniman y el organismo reacciona. El medio confort de que disfruto, el descanso tras el viaje y tanta y tanta causal benéfica me preparan favorablemente.

Mejórase el Dr. Sáenz de su indisposición y vino a la ciudad; a la postre lograra entrevistarme con él. La personalidad del distinguido especialista se me impuso desde el primer momento; afable, bondadoso, caritativo y hábil; así lo percaté y

la subsiguiente experiencia me ha dado la mejor prueba a posteriori.

Olvidaba referir que, en ausencia del Doctor iba, sin embargo, todos los días al consultorio en busca de informes. "Cuándo vendrá?" "Cómo sigue?" eran mis preguntas a la enfermera, en jefe, de la clínica—la Srta. Margarita—bondadosa joven a cuyos cuidados debo, en gran parte, mi actual salud, el feliz renacimiento a la vida del estudio y de la actividad.

Para qué detallar pormenores que a mí sólo interesan! Guárdeme Dios de la desesperante minucia. Abreviaré.....

Trepé a la silla operatoria un sábado por la mañana, tras largos días de espera al principio y de escrupulosa preparación médica enseguida. Cortó el cuchillo la cornea insensibilizada, produciéndome tan sólo un ligero fastidio; luego, al atacar el iris, fuerte golpe de dolor intenso que me arrancó un sonoro vizcaino y más tarde..... la luz, la plena luz invadió mi retina. Los objetos se destacaron a mi alrededor como se los ve en sueños, vacilantes e inconocidos. Volví a ver; pero

me parecía que se me había olvidado mirar, ver. No puedo positivamente explicar la sensación, cuanto puedo decir es que al instante en que una luz celestial de color azulino y de una diafanidad maravillosa me entró por el rescatado sentido, mi alma se inundó de otra luz maravillosa interior: el más intenso sentimiento de gratitud a Dios. Tras de la mano firme y suave, diestra y segura del cirujano, El está, El guía el cuchillo ordenando al cuerpo a recobrar la salud.

Fiat lux! -----

Mi alma voló a la patria, donde mis tres idolatrados ángeles, mis encantadoras hijas, ruegan al Señor por mí. No sube su plegaria al Cielo—perfumado incienso de inocentes almas—hasta el trono mismo de la Divinidad? Oh! volverlas a ver tras esta larga ausencia, casi de cinco años, en que me fué imposible distinguir sus rostros tan queridos. Parece un sueño, volveré a verlas-----

Ver de nuevo a Nicolás y a Juan, los vástagos varones de mi raza, representantes de nuestro nombre, cara herencia que recibiera yo intacta de los míos y que

ellos sabrán ennoblecer

Ver otra vez el bello rostro amante del ser abnegado que supo acompañarme, constante y fiel, en las más duras pruebas en los mortales fríos de los escuetos páramos, en donde la naturaleza, es madrastra que no madre ; inmisericorde, para con el hombre, en las grandes alturas

En fin, amigos queridísimos, os he de ver a todos

Perdonad, oh lector ! la tirada sentimental ; por un momento olvidé el lema de mi vida. Es el mismo que usara Taine, el filósofo : "*Cachez la vie et repandez ton esprit.*"

Si ; ocultemos nuestro interior íntimo, ocultemos nuestros sentimientos, vivamos ignoradas ; pero que nuestro espíritu se derrame por todas partes, chispa fulgurante, partícula integrante de la Inteligencia Suprema.

Heme aquí renacido. Doy gracias a Dios por haberme hecho pasar por tan extraordinaria experiencia ; en élla he aprendido lo que a pocos les es dable saber. La leyenda de Job se cumple, en

raras ocasiones, en contados hombres al través de la existencia. Perderlo todo, verse abandonado, hundirse en las glutinosas profundidades del dolor, y . . . de repente, por suerte de milagro, recobrase; volver a ser el de antes—digo mal—ser un renacido.

En medio de tumultuosas y encontradas sensaciones viví unos cuantos días después de hallarme bien, mas el sentimiento que en lo profundo de mi sér predominara fue *la joie de vivre*; la alegría del vivir, avasalladora, llenante, deliciosa.

Pero no se crea que el empuje hacia la vida viniera acompañado de deseos ardientes o de sexualidad irresistible. No, era suave—podría decirse así?—tierno.

Prepotente, altísimo sobre un pedestal, alzóse en mi interior el deseo de ser útil; aplicar toda mi experiencia, toda la sabiduría de la serpiente, que la edad y el dolor me obsequiaran, al bien procomunal. Que este recomience de mi agitada vida, que es el último, sea el mejor y . . . qué más diré?

Venga la hada Higiene y cúbrame con su manto o egida protectora; quiero vivir a su lado, guiarme por sus consejos y colocarla en mi humilde morada, dios penate y ángel tutelar de mi existencia. Oh! qué sabroso es vivir con rigurosa higiene! qué tontos somos cuando malgastamos nuestra juventud entre agitaciones y placeres.

Cuando retiro de mis ojos los lentes que suplen el carente cristalino y quedo casi ciego, es imposible ponderar el placer que experimento al volverlos a traer al loco y ver surgir de entre la niebla todos los objetos detallados correctamente en la diáfana luz. Pues bien, siempre que hago eso — lo cual es muy frecuente — me digo: "*memento homo!*"

Tengo que explayarme con bastante detalle sobre una sensación curiosísima que experimento a la vista de mujeres vestidas según una moda que yo no sospechaba, ni podía imaginarme.

Para estimar en lo que fué mi sensación hay que tener presente que desde hace trece años vivo en Nariño. Todos saben cuán exagerada es la opinión allá

sobre ciertos asuntos de modas femeninas y cual es el modo de vestirse en toda la extensión del Departamento. Así, pues, puede decirse que llevaba trece años de atraso en cuestiones modísticas. Las primeras hembras que vi con traje alto me causaron la impresión más desagradable que imaginar sea posible. No daba crédito a lo que estaba mirando!

Mi criterio nariñense — porque créase, he tomado mucho del *modus suriano* — se reveló violentamente por un algo o bastante que se me antojara indecente; mas que eso, empero, protestaba contra la moda mi estetismo. También los sombreros me parecieron horribles.

No podía conformarme; me apenaba viendo el vestido de las mujeres de sociedad y me decía: “Es posible esto? . . .”

El proceso de aclimatación acabó con mis resistencias, y ahora! Cuánto admiro la belleza y elegancia de las damas quiteñas.

Entre los hombres, por el contrario, encantóme ver a la generalidad sin bigotes *according the American fashion* y con el sombrero cargado atrás lo que da, a

los jóvenes un aire de agresividad (tomada la palabra en el sentido que la dan los yanquis) que les sienta muy bien. Salud juventud primavera de la vida, cuánto hace que me despedí de tí!

Sorpresas y sorpresas mirando los edificios: "cuánta razón"—me digo—tenía el amigo Caicedo al admirar tanto el parque de la Independencia y la fachada del Pasaje Royal!

Hablando de mis sorpresas, falta el trueno gordo. Véome en el espejo después de tan larga ausencia. Inenarrable por lo atroz! Absténgome; piso al vedado de las intimidades; pasemos la hoja.

Cuando pude, subí al Panecillo. Qué vista tan admirable! Imposible saciar la gula de mirar!

Al pie la incomparable urbe con sus pintorescos alrededores; con cuánto amor la mirara! Podría—aún cuando viviese siglos—olvidar a Quito donde he renacido a la vida del estudio y de la actividad!

Saciados mis ojos de su primer anhelo conviértanse a las faldas del Pichincha,

campo glorioso de la Patria Común; una misma para colombianos y ecuatorianos. Pensando en la Gran Colombia—y por la suave pendiente de una asociación de ideas — pienso en Alfaro. Otro ecuatoriano que merece estatua! Grandiosa figura de convencido apóstol, héroe y martir!

En el Empíreo, en donde viven, García Moreno y Alfaro reconciliados sobre el ara patria que ambos tanto amaron se dan la mano; ambos obsecionados con las mismas ideas de progreso y mejoramiento patrios; ambos sinceros buscaban el mismo fin por caminos diversos en teoría, unos en la práctica, su obra ahí está: mejoras materiales, instrucción y progreso.

Aquí punto final. Deseo continuar una segunda parte de rectificación y mejor apreciación de estas Impresiones; talvez lo haga; detiéndeme pensar que, nunca segundas partes fueron buenas.

Viene, como de molde, concluir con el refrán inglés "*all is well that ends well.*"



SEGUNDA PARTE



Segunda parte

(VUELTO A LA LUZ)

I

Quito paseado y comentado.—Arquitectura antigua y moderna.—El progreso de la Capital.—Tipos.

Desgraciadamente Caicedo no tiene ni la figura, ni las condiciones del famoso Raposon que nos deleita en la mejor de las de Eça de Queirós; en cuanto a mí, me siento un Topsius. Me provoca medirlo todo con el paraguas métrico y desentumirle las entendederas al bueno de mi Secretario con sabias discusiones históricas. Ya que no con él van para tí paciente lector, que te has dignado acompañar al Ciego en esta larga peregrinación.

Nadie se asuste—al leer el sumario de este capítulo—creyendo que voy a escribir un «Guía de la Capital del Ecuador.

Nada de eso, acostumbro ser breve; en dos palabras nos despacharemos.

He aquí una síntesis de los largos paseos, de las observaciones incesantes, de las idas y venidas de esta alegre ardilla que ansia verlo todo, averiguarlo todo empapándose hasta la saturación en el exquisito medio ambiente que la rodea. Síntesis, nada más que síntesis.

Ya los recobrados ojos están acostumbrados a la cuasi olvidada función; aclimatados... nadie se frunza. Aclimatar los ojos? Evidentemente que sí; el ojo hay que aclimatarlo al medio; sólo cuando esto sucede es que se aprecian las cosas locales, la belleza de las hembras y, todo lo demás.

Una teoría completa del asunto se la oí al Dr. Proto Gómez, el proto-oculista bogotano, en un año que se me pierde en la noche de los tiempos.

Muy buena charla tenía el Dr. Gómez; muy familiar y simpático. Sorpréndome, eso sí, que le salieran bien las operaciones porque era extraordinariamente desaseado; tenía el imponderable defecto de comer mocos, lo que hacía su-

frir inenarrable nerviosidad al que dialogaba con él, por lo demás perfecto gentleman.

Era la época cuando batirse las cataratas resultaba operación de padre y señor; la cocaína estaba todavía en limbo.....

Bueno; llegué alguna ocasión, *in illo tempore*, a un pueblo del Tolima, en negocios profesionales; allí me encontré con el Dr. Gómez que estaba temperando. Era un pueblo de feos,—cosa rara en esa parte de Colombia tan afamada por la belleza de sus mujeres,—o así me lo parecieron de recién venido. ¡Hay que aclimatar la vista primero—dijome el galeno—ya verá Ud. como cambia todo.”

Así sucedió. Efectivamente, a los pocos días, miraba y veía de acuerdo con la realidad local.

Idéntico fue lo que me pasó cuando vine a Nariño. Imposible que me entrara en la cabeza la vestimenta de las mujeres, imposib'le.....y ahora!.....Cómo cambia todo con la costumbre!

Quito posee carácter propio; lo más sobresaliente—dijéramos lo más espect-

fico—consiste en que es panorámico.

Me explico?

Sea para afuera de la ciudad que se mire, sea para su interior, de todos modos y en todas posiciones la vista goza de pintorescas fantasmagorías.

El Panecillo, los cerros circundantes con sus arbolados y caseríos, sus lomas cultivadas, producen encantadora impresión. Pasto—en esto, como en otras muchas cosas—tiene algo de Quito.

Como la topografía de la metrópoli es muy quebrada [habiendo cuevas para todos lados] resulta que al mirar de para arriba o de para abajo se tropieza siempre con efectos deliciosos: agrupaciones de casas sobre un barranco, combinaciones de edificios que nos hacen creer en Toledo o sabe Dios en que ciudad de la Madre Patria; etc., etc.

Las muchas quiebras del terreno producen, en definitiva, la impresión de que la Capital esté edificada sobre colinas; indefinido número de montículos, con suficientes diferencias de nivel para producir efectos muy impresionistas o espectaculares.

Algunas calles son idénticas a muchas de Bogotá y tanto que, en ocasiones, créome transportado a la lejana infancia venturosa.

Percatándose más a fondo, de día en día, la estructura de la incomparable ciudad, se aprecia mayor número de detalles; se corrijen las primeras apreciaciones y se edifican nuevas. Sólo muy a la larga puede quedar algo definitivo.

En fecha no muy lejana, Quito debió ser un fogón [una *tulpa* lo expresa mejor] de conventos e iglesias. Las viejas, monumentales construcciones de la colonia están sumamente agrupadas, muy vecinas. Ocupan una gran área y lo dominan todo.

Este fogoncito de viviendas de frailes y monjas se prestó en la era colonial a no pocos abusos confirmando el refrán, pero extremando su aplicación, pues se vió que "*entre santa y santo no basta pared de calicanto*"

Asédame de nuevo—al mirar las magníficas, suntuosas edificaciones que la piedad alzara en viejos tiempos—una idea que me intriga años há.

Por qué los españoles no levantaron

buenos edificios en Pasto y demás poblaciones de lo que es Nariño?

En todas partes—en sus vastos dominios—los conquistadores dejaron, en piedra labrada, elocuente testimonio de su fé y religiosidad exacerbada, menos en el sur de Colombia.

No puedo explicarme la excepción atribuyéndola a menosprecio; mas bien me he imaginado que el temor a posibles hundimientos del terreno los detuviera. Sábelo Dios! Entre los edificios del arte colonial descuella, en Quito, en primer término, en mi sentir, San Francisco, luego la Compañía, etc. A la Catedral le encuentro mucho mérito atractivo. Es cosa morisca, sin duda. Lo dicho se refiere al aspecto exterior de los templos; cuanto al interior, la iglesia de la Compañía lleva la mejor parte.

Contrastan con las vetustas, dominadoras y macisas arquitecturas del pasado, las ágiles construcciones de actualidad casi todas típicas del estilo italiano. Aquello es el aplastante pretérito, aún viviente en el alma popular, esto el esfuerzo actual; quién vencerá?

Al preguntarse quién vencerá se plantea una cuestión del momento, porque hay pugna, como vamos a verlo.

Los enormes cuadrángulos ocupados por los conventos están rodeados de murallones escuetos y ocupan lo más central de la ciudad; podrán—sin menoscabo de la expansión urbana—continuar las cosas en tal estado? Claro que nó. Hay que urbanizar estos vastos territorios. Pero se tropieza, como es natural, con fuertes resistencias.

Cual es el caso en todos los países de nuestra raza, la política [con su acerba exageración] lo invade todo y a las necesarias medidas municipales se les da carácter de persecución; de aquí agitación que degenera en asonadas o motines. Tal fué lo acontecido hace unos pocos días, por un asunto de esta clase, relacionado con las monjas de la Concepción. En capítulo especial me ocuparé de la cuestión comunales que es importantísima. Sigamos con la ciudad.

D. Alberto Gutiérrez—en su libro "Las capitales de la Gran Colombia"—describe muy bien la aparatosidad dominadora de

las construcciones eclesiásticas de Quito. Piensa úno cuánto costarían los grandes terraplenes para basamento de los atrios o altozanos que tanto embellecen la capital del Ecuador haciendo de ella una villa suigéneris. Cuánto indio sudaría en semejantes monumentalidades, la gota gorda o la sangre sacada de su cuerpo por el látigo del cómitre!

Puede uno rehacer las escenas de la época, mirando en Túquerres ahora las entradas de cal o leña para el templo de los RR. PP. Capuchinos, o los cargufos de piedra y materiales ejecutados por toda la población para el mismo objeto, sin distinción de clases sociales.

Volvamos la vista a lo moderno: el monumento de la Libertad, en la plaza de la Independencia es número uno, imagino que, en su clase, sea el primero de Suramérica. El edificio de la Universidad, inconcluso aún, pero soberbio; esto en cuanto a edificios públicos; los privados son hartísimos descollando el Pasaje Royal entre las carreras Venezuela y García Moreno.

El Sr. Durini, el arquitecto del

bello y elegante Pasaje, raya en lo más alto en la materia. Es muy joven aún, puede augurársele carrera mundial.

El Pasaje Royal como negocio lo juzgan malo, o es malo mientras dure la guerra; los chuscos quiteños que las tienen tan buenas como los bogotanos, llaman al monumento artístico "el pasaje a la pobreza" la que auguran a los enantes ricos propietarios de las casas que sirvieron para el desarrollo del proyecto.

El Ejido, un gran llano, es la popular ground del juego de pelota y otros deportes del pueblo; también queda allí el Hipódromo.

Más hacia el centro, la Alameda, primoroso parque que se comenzó, en calidad de "jardin botánico," en los tiempos de García Moreno. En el centro de la Alameda está situado el Observatorio Nacional construido en forma de pabellones separados. Siento no dar una descripción de este importantísimo establecimiento porque me ha sido imposible hacer una visita.

Toda la parte plana que se extiende desde la plazuela de San Blas hacia el Ejido y de este en adelante dirección N

se está poblando rapidísimamente con bellísimas quintas, chalets y villas de construcción moderna, elegantísimas. Aquí el futuro Quito.

No es la metrópoli, ciudad trazada a cordel y escuadra; es, por el contrario, bastante irregular lo que le da atractivo. Me fatigan las ciudades edificadas como figura de texto de Geometría.

De acuerdo con su planta (y esto cuadra retembien) las calles llevan nombres históricos, nombres de los personajes ilustres; de las naciones hermanas o de las provincias ecuatorianas. Por cierto que la "Avenida Colombia," acera E de la Alameda, es quizás la calle más bonita de Quito o será que mi patriotismo me la muestra tal?

Tengo una reducción del plano grande de la ciudad [Gualberto Pérez] que me encanta estudiar; sobre el papel resaltan—mejor que sobre el terreno—los descuadres, las encrucijadas, las calles tapadas; en fin, cuanto da al lugar su *cachet* propio, personalísimo.

Dicen las quiteñas que "de Quito al cielo y, en el cielo, un agujerito para ver

a Quito," les sobra razón. Todo concurre para hacer de esta urbe un lugar vivible por excelencia, todo lo tiene, clima y localidad.

La población que se agita por calles y plazuelas buscando las aceras, pues la pavimentación de las calles es detestable, se compone — como en todos los centros urbanizados de Suramérica— de los mismos elementos. En el fondo el indio astroso, semisalvaje, estupidizado por la servidumbre y la chicha; encima una *plebs* así, así; sobre la *plebs*, el pueblo, la digna clase obrera confundándose en sus últimos matices con la burguesía rica; finalmente la *creme* plutocrática y, en Quito, con buenos humos nobiliaricos, *mutatis mutandis*, por el aire local, lo mismo que en Bogotá.

Tipos bellísimos de mujeres sobre todo en las guambas (jovencitas de 14 a 16), pocas ñapangas cual las de Nariño o Cauca y mucha señorita de la clase media que va apresurada a sus ocupaciones.

Hé aquí un ejemplar muy simpático. Dato importante: todas se calzan admirable y esmeradísimamente.

En los hombres bastante cancter, lo que da aspecto alegre y campestre al gentío; aire resuelto y, en regla general, muy buenas fachas, simpáticas

Hagamos una pausa para continuar, y dejadme rehacer mis impresiones; voy agitado cual subiendo una cuesta.

II

[*Continuación*]

En Quito sobrevive una verdadera aristocracia—tal por lo menos se conceptúa un grupo de familias de abolengo—que se ha conservado rica, por ende con influencia. Ignoro si acontezca aquí lo que en la capital de Nariño; cruzándose y recruzándose el grupo de *nobles* en consanguinidad muy inmediata han caído en la completa degeneración próxima al idiotismo, pues la selección se ha establecido en el sentido de la regresión favoreciendo las taras hereditarias.

Suspendo el involucro; poco me familiarizaré con la clase nobiliaria o pluto-

crática, pues no está la Magdalena para tafetanes.

Los portales de la plaza de la Independencia y las carreras Venezuela y García Moreno, en la vecindad del *square*, son lo más atrafagado del Quito Comercial. Pero las gentes no se ven apuradas, agitándose en el tráfico; suave, amable y negligentemente se mueven evidenciando que por encima de los intereses del momento está el grande—el vital—la delicia del far niente de la vida de los tropicales.

Cruza una pareja de frailes mercedarios, llenando la calle con su esponjado hábito blanco, por entre el gentio indiferente o un clérigo suelto, con paso medido, afanado va en dirección a la Curia y piensa uno cuál sería Quito en los tiempos de G. M. cuando el gobierno eclesiástico. *Sic transit gloria mundi*

El rasgo distintivo de nuestras capitales es la indiferencia que tenemos por el resto de transeuntes que, con nosotros, comparten el dominio de la vía pública. Ved las aceras ocupadas por grupos de señoras, señoritas o caballeros o chiquillos;

allí charlan tranquilamente, sin dárselos un bledo de todos los cristianos que se ven obligados a dejar la vereda y echarse a los pedriscos de la calle limpia. De igual manera en el tranvía; para el conductor y las señoras que van a bajar se despiden tranquilamente de todas sus amistades y conocencias, sin la menor preocupación por la manecilla del reloj que corre y corre. El conductor enciende un cigariillo

Yo me pregunto, no es mejor vivir así que en la desesperante ebullición de los países atareados?

Claro que sí, será porque me estoy haciendo viejo, pero es lo cierto que mi criterio ha cambiado mucho.

Gritan los vendedores de periódicos; los que pregonan plátanos o frutas de Daule e indígenas que anuncian ciertos comestibles con un tono o canturía desesperante. En ocasiones la calle está completamente embochinada con apariencia genuinamente española, alegre y sana.

La moda del traje alto nos favorece con un permanente *show* de pantorrillas;

lindísimas pantorrillas femeniles que nunca hubiéramos logrado mirar sin esta oportunidad. Y cuenta que se ven maravillas! Es para distraerse de los más serios pensamientos o de las profundas filosofías con la vista de algunas esbeltas columnas del templo del amor pero, a dónde voy a parar!

Transitan por las calles—destruyendo los pavimentos empedrados—pesadísimos carros de dos ruedas no resortados de los que tiran hasta tres yuntas de bueyes flacos y escuálidos que se echan a rumiarse en las paradas, frente a las obras en construcción o a las bodegas a donde llevan materiales o mercaderías. Partidas de borricos conducen ladrillos, carbón u otros productos con paso lento y constante; no sé por qué me gustan tanto estos animales.

“¡Corbina fresca! Camarones frescos!” grita a todo pulmón el vendedor de peje y mariscos de Guayaquil. Acaba de llegar el tren a la estación de Chimba-calle. El tren! . . . Hé aquí donde se abrazaron García y Alfaro! Ved como el absolutismo del primero y el democra-

tismo del segundo concurren a la redención intelectual y material de los pueblos del interior del Ecuador! También entre nosotros la dictadura de Reyes restauró la República y, en los actuales momentos, no estamos viendo que del autocratismo kaiseriano surgió la expansión de las democracias?

Refiriéndose al sur de Colombia, Miguel Triana, se expresó con mucho acierto al decir en su bonito libro "Por el Sur de Colombia" que el camino de Barbacoas abriendo paso a las brisas del mar era la causa última del progreso en Narino. Cierto, retecierto.

No os detengáis ni un instante en la calle os acediarán los mendigos; Quito está plagado de ellos.

El corazón se me parte, sobre todo con los ciegos; cómo pudiera ayudarlos? Tuviera yo dinero, lo daría todo; ine pregunto, empero, les serviría? No hay duda que—salvo excepciones—la caridad callejera no es la forma conveniente, ni la más eficaz.

En dónde está el remedio para la pública mendicidad? En la organización—

por iniciativa privada—de asociaciones de beneficencia del tipo de la de San Vicente de Paúl. La caridad social resuelve el problema.

Es imposible que todo lo esperemos de la acción oficial; despertemos el espíritu público, invigorizando el sentimiento de la fraternidad, y mucha cuestión difícil quedará resuelta.

Ya no ocupamos el cuarto N.º 12 del Hotel Ecuador, ocupamos la pieza del zaguán en la casa del paisano D. Fco. Ordóñez; amplia habitación con recámara; bien iluminada, tranquila y de aspecto decente. He vuelto al régimen que llevé en Pasto, ahora años; vida de estudio y de alta intelectualidad. Levantándome a las cuatro de la madrugada, acostándome a las ocho de la noche; leyendo, estudiando y escribiendo todo el día.

Qué se hicieron los días oscuros?

Don Francisco Ordóñez es un caballero pastuso domiciliado en esta República hace décadas. Qué hombre tan bondadoso! qué familia tan amable y simpática la que me rodea! Hablando

de colombianos domiciliados, imposible dejar pasar, sin mención especialísima, al Sr. Do. Aurelio Cañadas, decano de la colonia por derecho de edad y años de domicilio.

Intacto se conserva y en plena acción, el buen caballero, el excelente amigo y ardiente patriota, como si 75 febreros (cumple años el 8 de este mes) fuesen livianísimo fardo.

Viviera para el trabajo y el amor el simpático bugueño y "Vasta prole que al contar me pierdo, heredera dejara de su nombre"

Empresario, con una ilustración poco común, aprovechó—en otro año—la famosa ocasión de las quinas edificando, con la cascarilla que exportaba, una fortuna colosal para la época. Fue el fundador de la industria bancaria en Quito y puede decirse que su nombre figura en cuanto empresa de importancia se iniciara en el Ecuador hasta época casi de actualidad.

Conoce las intimidades de los más ilustres personajes ecuatorianos, habiendo sido íntimo amigo de Veintimilla,

Alfaro, etc., y es un *tesaurus* de información histórica.

Qué deliciosos ratos se pasa uno con tan distinguido compatriota! Desfilan ante la vista personajes y mujeres como en un sillorama del pasado; montañas exploradas, empresas monumentales, millones de sucesos y detalles nimios, interesantísimos, de la vida de todos los días, y del ajetreo de los negocios

Dios conserve luengos años al bondadoso amigo para quien guardo afecto y especial reconocimiento. Que muchos S de febrero se festejen en adelante en su primorosa villa de la Avenida Colombia, en la Alameda!

Casi sin excepción, los colombianos, tenemos grandes simpatías por Dn. Eloy Alfaro; no como personaje de la política ecuatoriana, sino por el entrañable cariño que, en toda circunstancia, manifestó a Colombia y a los hijos de esa tierra. Conservadores y liberales, en mi patria, unánimemente lamentamos el fin trágico de este hombre, por mil títulos, ilustre en la República del Ecuador.

Me encanta averiguar intimidades

de la vida de Dn. Eloy y leer lo que se ha escrito sobre él. Don Aurelio Cañadas posee vastísima información al respecto.

Alfaro era espiritista convencidísimo—apóstol de esta doctrina diríase mejor—y tenía rasgos de inspirado; continuamente profetizaba, si puede decirse así, su fin trágico y en alguna ocasión tuvo tal clarovidencia de un acontecimiento militar que se cumpliera en paraje distante que produjo pasmo general. Dejo la palabra a don Aurelio quien me ha referido el hecho poco más o menos así: era en una revolución de las muchas de la época Alfaro estaba en Quito y se esperaba un próximo combate en algún punto de la costa; combate que era, por otra parte, de la mayor trascendencia.

Una noche invitó, el General, a varios de sus amigos—entre ellos al que narra—a un banquete en palacio. Las comunicaciones con la Costa estaban interrumpidas y reinaba la mayor ansiedad en todos los espíritus... Imposible obtener noticias por conducto alguno.

Quedóse, en cierto momento, Alfaro pensativo y de repente dándole un golpe a don Aurelio en la espalda le dijo: "Vaya usted inmediatamente a los centros sociales y avise que mis armas han triunfado en este instante en la Costa". Sorprendido el Sr. Cañadas no se movía; pero el General, insistió diciéndole que podía asegurar la verdad del hecho sobre la fe de la palabra del General Alfaro.

Fuése, el narrador, al club más concurrido y dió la noticia la que fué recibida con chacota e incredulidad—pues en el público se esperaba la derrota de las armas alfaristas...

Cuál sería el asombro general cuando tres o cuatro días más tarde llegara un chasqui confirmando el aserto! Hecho es éste de maravillosa clarovidencia. En sus costumbres, en su vida íntima, el Gral. Alfaro fue de austeridad casi ascética y de la más elevada virtud; como patriota, ardiente, apasionado. A D. Eloy pueden aplicársele las palabras de Nariño "CUÁNTO AMÉ A MI PATRIA, LA HISTORIA LO DIRÁ ALGÚN DÍA."

Colombianos ilustres que han vivido en el Ecuador han sido tantos que, a mencionarlos, habria que escribir un libro.

Recordaré, no mas, otra anécdota del Sr. Cañadas referente al Dr. J. de D. Uribe [a Juanecho o el indio Uribe.]

Llegó el Dr. Uribe a Quito trayendo un cargamento de cartas de recomendación de las cuales no quiso hacer uso y permaneció ignorado esperando la ocasión de presentarse. Esta llegó en efecto, y brillante.

Era la época de la guerra de Cuba cuando vino al Ecuador una embajada de ese país para la propaganda en favor de la Independencia de la Perla del Mar. La embajada fue acogida por el pueblo quiteño con el más grande entusiasmo.

Antes de un banquete, algún día, los cubanos fueron aclamados por un gentio inmenso que llenaba las calles en donde estaba sito el hotel. Aquí la ocasión para Juanecho Uribe. Algunos de sus amigos llevaron una mesa que colocaron frente a los balcones. Trepóse sobre ella el orador colombiano y el señor Cañadas

subió al hotel para avisar a los cubanos que se les iba a dirigir la palabra a nombre de Colombia.

La multitud, no sabiendo de qué se tratara, aullaba, vociferaba contra el intruso. Pudo a la postre dominarse el tumulto y Uribe habló. Pasma, arrobación, frenesí...

La embajada bajóse a la calle y transportó al indio Uribe a los comedores del banquete, en el cual fue el rey, adueñándose de todos. Qué éxito! Y al contarme este episodio que honra a la Patria, brillan los ojos del anciano con lágrimas de entusiasmo.

"Anochecí desconocido" --decía el Dr. Uribe más tarde-- "y amanecí el personaje más popular de Quito." El talento de Juachón Uribe fué monumental. Recientemente he sabido que su íntimo amigo el Dr. A. J. Restrepo va a publicar una biografía del tipo extraordinario cuyas cenizas duermen lejos del suelo patrio; ojalá pronto escriba Restrepo el libro porque: *en la demora está el peligro*, como decimos en Bogotá.

111

*Continúan los paseos callejeros.— El comér-
cio.— Los servicios públicos.— Una ob-
servación del Sr. Olano confirma-
da.— Cuán torpe es la maledi-
cencia como arma
política.*

Das situaciones del más extraordinario atractivo hay en la plaza de la Independencia. Es la una parándose en el atrio de la catedral sobre la explanada y mirando al parque, qué vista tan linda! La otra es en la diagonal correspondiente al palacio arzobispal; allá los cerros con aspecto agreste y pintoresco, acá las edificaciones con un sentido tan alegre, que en verdad el espíritu se regocija.

A pesar de mi deseo de no alargarme, es imposible contener la pluma. No incurra yo en lo de que "*l'art de tout dire est l'art d'être ennuyant*" apresurémonos, abreviemos, acortemos. Dejemos en el

tintero lo más y—en marcha.

Los parajes—porque así hay que designarlos—de los Cármenes [Carmen alto y Carmen bajo] son deliciosos por su sabor a leyenda de Zorrilla y de los de más encanto en Quito. Se escribió ya la crónica de esos palomares del Señor?

En materia de iglesias, en lo moderno, solo hay dos que no dejaré sin mención. La una San Roque, muy bonito estilo, parecidísima a la del Señor de Buga pero más pequeña, es un complejo en que domina el gótico reciente. El Pbro. Dr. D. José Miguel Flor fue un héroe para el trabajo de este templo, a su entusiasmo débese en gran parte la obra; mucho recuerdo, al hablar de San Roque, al Pbro. Dr. Leonidas Rojas—hoy cura de Túquerres—que también fue heroico en Guaitrilla.

La Basílica— es la otra Iglesia de la época actual,—apenas un proyecto. La magnificencia que se la quiere dar pone su realización para el futuro remoto.

El Panóptico y otros edificios notables no los he visitado todavía; de ellos empero, hay muchas descripciones.

Gústame en todo acompañarme de los especialistas, así cuando visito iglesias me acompaño del distinguido y devoto caballero, excelente paisano por añadidura, Adolfo Canal. Otro tipo [bogotano iba a decir] de colombiano que merece parágrafo aparte.

Si el señor Canal escribiera las agudezas que se le vienen al magin resultaría un libro saladísimo aun cuando bastante acre. Yo no sé donde cosecha tanta información, pero es lo cierto que si uno quiere saber algo de algo procederá, con acierto, pidiendo información al precitado coterráneo. Allí hay una mina con, además, cultura exquisita y deseo positivo de ser útil.

Lo ultra-azul de Canal, que podía tenerme mucho, se contraresta con el trato familiar que tengo con otro conciudadano —el artista X— de un ultra-rojo tan subido, en su temple, como el del señor Canal en el suyo, de este modo logro equilibrio.

El suave escepticismo mío se deleita pasando de uno a otro y pienso: "Estos dos, que ambos son buenos, han de irse al mismo cielo; de lo cual no hay duda."

José Asunción Silva era un hombre de intensidad tan grande en la conversación, tan sutil y metafísico que el interlocutor se quedaba rendido de fatiga con algunas horas de charla con el poeta. Un día me encontré a un amigo afanadísimo en la calle—A dónde vas tan ligero?—“Voy a buscar a Ramón Lago; vengo de hablar una hora con Silva... imagínate.”

Ramón Lago era tenido, en Bogotá, por el polo opuesto a Silva.

Lo propio me acontece; a veces ando tras del señor Canal; a veces tras de X... Basta de charla.

Del comercio me formo idea con el *shopping* (así se llama en inglés el delicioso pasatiempo mujerial de andar de tienda en tienda averiguando precios y mirando cosas sin ánimo de comprar). La plaza de la Independencia que es emportalada por tres de sus costados es, como ya se dijo, uno de los centros de mayor comercial actividad.

Dos de los portales están en gran parte ocupados por almacenes de sirios—esta colonia es numerosa y tiene muy monopolizada la venta al por menor

de la mercadería extranjera—que son bien estimados en general.

Faltan las buenas vitrinas y produce un aspecto muy antipático la exhibición de la mercancía al lado de afuera de los almacenes o, en colgantes atravesando la vía pública en los portales, con cierto aire de mercachiflería que no cuadra con una capital.

Las buenas librerías faltan. La mejor es la de Muñoz, se distingue por sus vitrinas; las más atrayentes en Quito.

Me he formado la idea de que el comercio es flojo si se lo compara con el de otras ciudades sea de Colombia o con el de Guayaquil mismo.

Los bancos, en este país, son de emisión; los más acreditados son los de Guayaquil; en Quito el Pichincha.

Treinta o cuarenta mil dólares, en el mercado, causaron la baja de las letras del 180 % de premio al 110 %. Esto da la medida de la capacidad comercial de la plaza.

A mi llegada presencié la crisis del alza y ahora el pánico de la baja.

Aquí el Presidente de la República fija—por decreto—el tipo oficial del cambio. Para que todo estuviera en lo justo debería fijarse también los precios de la mercadería extranjera, porque de no resulta el adefesio en que estamos: cambio casi a la par [100 %] y precios liquidados al 180 % y aun más altos.

El tipo oficial sirve para las liberaciones estipuladas en oro. La facultad que la ley concede al Presidente se presta para abusos.

Cuando lo más acre del conflicto, causa de la guerra, se dió la ley de moratoria; ahora se desea, por todos, su derogación a fin de restablecer la normalidad. Qué sucederá?

Falta, e inmensa, hace un Directorio de la Ciudad. Es difícilísima una averiguación cualquiera.

Cuanto a servicios públicos bien establecidos los tiene Quito. La barrida de la Ciudad se practica a las cuatro y media de la mañana [4 y media a. m.] con tropas de barrenderos, machos y hembras, y el basurero se transporta en carricolas para arrojarlo—según la localidad—a las

quebradas o profundas hondonadas que por todas partes cruzan la población.

El alcantarillado lo imagino bueno, es obra moderna, y aquí precisa desvanecer una de las mil fábulas que corren en el extranjero para desprestigiar a Quito; me refiero al mal olor. Pudo haberlo en antes a ciertas horas, lo que es en la actualidad, ya no lo hay. Las cloacas se lavan abundantemente a toda agua.

El alumbrado público y privado es bueno también. La "Electric" tiene dos plantas hidroeléctricas, de las cuales la principal es la de Guápulo; además la Sra. Isabel Palacios posee otra de menor capacidad y no de un servicio tan satisfactorio.

El acueducto de agua potable presta muy correcto servicio con magnífica presión en todas partes. Hay numerosas fuentes públicas y grifos hasta en los barrios más apartados. El consumo se paga por medidor —esto debería establecerse en Bogotá —al precio verdaderamente ínfimo de [\$ 0,15] quince centavos de sucre por mil litros (1000 l.) El agua tiene un gusto ligeramente azucarado sumamente agra-

dable, pero su pureza es bien dudosa a causa de las terribles infiltraciones infectas. La actual gravisima epidemia tífica se atribuye a la infección de las aguas de uso.

Todas las habitaciones están provistas de W. C. modernos y la generalidad de baños, ducha, etc. El establecimiento de inodoros y otras higienidades es también obra reciente de sanidad compulsoria. Con estos dispositivos mejoró la ciudad enormemente. En fin, los que conocieron a Quito ahora quince años lo encuentran inconocible al presente.

El tranvía no presta servicio sino sobre una sola línea, digamos norte a sur, desde la estación de Santa Clara al N. y la de Chimbacalle— también estación del F. C.—al S., de manera que su utilidad es bien limitada, sinembargo lo es hartísima.

Qué pendientes y qué curvas! A pesar de esto la marcha es admirable, no dejando nada que desear.

La "Electric" suministra la energía.

Cuánto diera yo porque vinieran de Nariño a conocer esto; para que vieran los refretarios o ultra teorizantes las pen-

dientes que vencen los automóviles dándose así cuenta de lo fácil que es transformar, en automoviliaria, el camino de Barbacoas, con insignificantes modificaciones. !

Gracias a Dios estuvo aquí, en días pasados, el hábil constructor de la carretera del Sur, D. Rafael Guerrero, y se saturó de práctica enseñanza; su entusiasmo fué grande así como su pesadumbre viendo que, entre nosotros, será casi imposible convencer al gobierno de que hay que dejarse del sistema de planos y más planos—humo de proyectos—y lanzarse por la senda que nos traza lo experimentado en esta República en donde la libertad, cual abono fecundo, hace desarrollar lujuriantes las inteligencias y progresar las industrias.

Salve riego de maravillosa fontana; salve augusta libertad redentora de las almas! En tí está el progreso, en tí la iniciativa, en tí el mejoramiento. Salve! Tres veces salve!

En la línea del tranvía existe una gran cueva—la de Machángara—con cosa de 12 °C; es un bonito punto para ob-

servar cómo se manejan los carros y los autos. También posición de primoroso escenario.

Entre las obras modernas que representan un costo enorme en movimiento de tierras, deben citarse los multiplicados terraplenes hechos en las profundas quebras que se han convertido en lindas explanadas. Poco a poco el perseverante trabajo de relleno va acondicionando la hirsuta topografía del suelo quiteño, ganándose en extensión plana y embellecimiento.

La plazuela de San Francisco, frente a la Iglesia y Convento, es de admirar cuando uno se informa de la enorme cava que hubo de darse allí. A esta plaza le cuadra mejor el epíteto de simpática más bien que otro retumbante.

Quito es rico en *squares* y plazuelas; no dejaré sin citar la del Centenario en donde está el palacio de la Exposición Internacional de 1909, de grata recordación, para mí, como que en ella obtuvo la "Revista de Ingeniería," que redacté entonces, premio de alta categoría, del cual siempre me he sentido orgulloso.

Temiendo alargarme demasiado, pongo punto a una descripción que, al continuarla haría de este capítulo un volumen; quédese lo demás en el tintero, mejor diría en mi corazón; en mi interior de renacido lo guardo, allí está más exacto, pues imposible me es escribir efectos que son para mirados. Cuán cierto es aquello de que los mejores poemas son los que no se escriben.

Leyendo las impresiones de viaje del Sr. Olano —DE POPAYÁN A QUITO— en que tan hermosamente se describe esta tierra privilegiada, topé con una observación que coincide exactamente con mi manera de apreciar el asunto; dice así:

“Las cortesanas quiteñas tienen una fama tan bien puesta como las de la antigua Alejandría. Con las historias de la vida galante en la vieja capital de los Selhyris se podría llenar volúmenes y volúmenes si fueran esas cosas para escribir las. Toscos soldados vestidos de acero y venidos a la conquista, en cuyas corazas se mellaron los innúmeros dardos de las tribus enemigas, fueron sus primeras

victimias: las vestales que escaparon a la fuerza de Rumiñahui mudáronse en la fe y en las costumbres y flecháronlos implacables. Más tarde serios oidores, regidores, alcaldes y hasta alguaciles de terrible apostura dieron motivos, durante la colonia, para anécdotas deliciosas que la maledicencia de antaño ha transmitido religiosamente a la de ogaño. Y, por último, sabido está que en Lima y Quito languidecieron, en la molicie, los corazones que se templaran en las campañas libertadoras de Venezuela. Pues bien, o el gremio ha desaparecido, o ha cambiado de táctica, pero es lo cierto que esas mujeres cuyas miradas y vestidos ofenden el pudor en casi todas las urbes populosas faltan en las calles de Quito. Alguien me ha dicho que es lo segundo: semejantes a los submarinos las cortesanas, de ahora, dizque no se presentan en la superficie, pero sus tiros son más seguros y sus efectos mayores. ¿Débese ello a temor o hipocresía? No he podido saberlo. En todo caso el hecho constituye siempre un homenaje del vicio a la virtud y dice de la moralidad pública,

Lo malo es que los que están en el secreto se han vuelto suspicaces y por todas partes están viendo periscopios.”

La atenta observación de estu-
dioso que he tenido ocasión de efectuar me ha-
ce ver que son resultado de la malignidad
las especies que corren en Colombia sobre
la corrupción quiteña.

Da vergüenza que por desacreditar
un régimen político—con el que no co-
mulgan los dirigentes nuestros—se emplee,
por bien conocido elemento entre nos-
otros, el arma de la calumnia contumaz.
Pero qué hemos de admirarnos los que
fuimos testigos de la tronadura en con-
tra de la *coalición progresista* en las elec-
ciones últimas?

Vaya a Nariño mi voz sincera de
protesta y el consejo de que no se dejen
comulgar con ruedas de molino. De eso
habrá aquí, como en todas partes; pero
menos que en las otras grandes urbes
de nuestro Continente.

He querido ser completamente im-
parcial al escribir recuerdos, de un viaje

que ha sido tan benéfico, y lo seré hasta el fin.

Dicen que, a los hombres, más los perjudican sus cualidades que sus defectos. La experiencia de la vida me confirma, cada día más, en la verdad de tan desconsolador aserto.

Pero qué hemos de hacer! Somos el resultado de una elaboración trascendente en el pasado y no podemos cambiar el curso de las causalidades; digo lo anterior al pensar cuán funesta ha sido para mí—utilitariamente considerada—mi sinceridad extremada. En cuanto a fuero interno, gracias doy a los míos de donde la hube.

Mal quedara terminar las excursiones callejeras sin mencionar una cosa muy típica de la ilustre San Francisco: las habitaciones excavadas en el barranco.

Cosa curiosísima; aquí cavan el barranco, en donde se presta (y esto sucede en todos los cortes de terreno que han hecho para reducir la gradiente a las calles) y forman habitaciones muy servibles. Cuán fuerte es la tufa volcánica conglomerada, se ven piezas de habitaciones

bien espaciaosas, sin el más ligero ademe o sostén !

Así también por medio de socavones, sin démas, desvían las aguas para evitarse puentes.

Lo veo y no lo creo.

IV

La vida en Quito—Los jardines, afición a las rosas—Espectáculos—Las retretas militares—La ceremonia dominiguerá del pabellón—Bibliotecas públicas—Correos y telégrafos

En el modo de vivir las familias, es más europeizado Quito que Bogotá. Allí queremos todos—pobres o ricos—vivir solos en una casa, arrendada o propia, pero con absoluta independendencia ; poco nos avenimos con la vivienda en común habitación. Acá es diferente, las familias se acomodan bien en departamentos independendientes dentro de una misma casa,

cual se acostumbra en Norteamérica o Europa.

De suyo la vida íntima es más íntima entre nosotros; pero no hay duda que el *modus quiteño* tiene grandes ventajas aún por motivos de educación; da más despejo, más *sans souci* y, no se qué más observable marcadamente en las mujeres. Cierta aire resuelto, seria afabilidad y una como varonil independencia con reminiscencias yanquis dan, a la mujer quiteña, aire natal bien diverso del de la bogotana.

Yo creo que estas diferencias se originan, muy especialmente, desde la infancia por causa de la vida, hasta cierto punto, en común en los apartamentos, o *flatts*. Piénsese un poco en ello.

La gente chic es tardía en horas, se almuerza a la 1 p. m.; se come a las 5 p. m., acostada y levantada en correspondencia; la gente menuda tampoco es madrugadora. Los almacenes y tiendas se abren tarde.

La comida ordinaria, casera, es una misma—en espíritu y materia—que la del sur de Colombia, sin más que di. co-

men por aquí no he visto. En los hoteles divisó mucha aparatosidad pero viandas muy inferiores a las de los hoteles de misma categoría entre nosotros. Buen servicio de coche y autos a \$ 2,50 y \$ 5,00 la hora respectivamente; lo mal pavimentado de la vía pública hace detestable el cochar dentro de la ciudad a causa de los tumbos y sacudidas.

La afición a los jardines—en lo que hay recreo y lucro—es innata en el quiteño. Las rosas son la flor preferida y cuenta, que se las cultiva con profusión de clases finisimas (creo el término mal empleado) y de hermosura incomparable. Sin excepción todas las casas tienen su huerto de flores; en las quintas y chalets, no se diga, qué primores!

El culto caballero, señor D. Vicente Urrutia, honra de nuestra colonia en la ciudad, me ha hecho pasar ratos deliciosos haciéndome ver un jardín que está organizando en la subestación, en Quito, de la "Electric" empresa de la cual es gerente y alma. Allí he seguido con vivísimo interés mi curso completo de rosología. Nada de raro tiene que yo también—cau-

sado de las andanzas— me dedique, en algún rinconcito de los alrededores de esta encantada urbe, al cultivo de las flores. No resolvió el Manchego, al fin de sus días, dejarse de aventuras y adoptar la vida pastoril!

Habré sido, en el curso de mi existencia, menos visionario que el personaje de Cervantes?

Quando miro los primorosos lotes de terreno que, no muy caros, pueden adquirirse adelante del Ejido—en el Quito del futuro—estoy tentado a *comenzar un nuevo recommence*..... sembrando rosas.

En la forja de la imaginación se re-tuercen—cuál fierros caldeados—los pensamientos; otra vez surgen, delante de mí, los ideales de activo reposo, de vida estu-diosa; en suma, los que me forjara en Pas-to que no son otros que los de mi primera juventud.

Heu mihi! en donde quiera he senta-do la planta para arraigarme el soplo del Destino me ha arrastrado lejos, lejos, a retoñar distante. Talvez aquí sea el tér-mino..... en San Diego.

De públicos espectáculos estamos mal en la metrópoli de Belalcázar. Cine...y cine. De cuando en cuando un concierto, o audición, por artistas nacionales...*et pas plus.*

Recién llegado al Ecuador tuvo lugar un acontecimiento lamentadísimo y con sobra de motivo. El gran pianista ecuatoriano Dr. D. Sixto Durán sufrió un accidente, en una sierra mecánica, que le arrebató los dedos de una mano. Yo estaba ciego entonces y *podía saber con precisión* qué es lo que se siente cuando uno pierde el sentido u órgano necesario a su vocación. De corazón entonces, acompañé a la sociedad de Quito en su duelo—es el término que cuadra a la idea—y profundo sentimiento de pesar por tan lamentable suceso. Es el Dr. Durán —más tarde he tenido ocasión de tratarlo—tipo que despierta honda simpatía, atrayente en extremo y cuyo aspecto mismo trasuda lo mucho bueno que tiene por dentro.

Domingos y jueves, por la noche, las bandas militares dan retretas en el parque de la Independencia; los domingos también las hay entre 11 a m. y 12 m.

De las bandas ecuatorianas ya he hablado bastante.

En todas las poblaciones de la República se practica, los días feriados, una ceremonia que me encanta, tanto que deseara verla implantada en Colombia.

A las ocho de la mañana sale del cuartel el pabellón nacional acompañado de una escuadra o compañía, banda y fanfarria de cornetas; va a los edificios públicos y allí, entre músicas militares, se iza el emblema patrio. Por la tarde con el mismo ceremonial se le árria.

Todo mundo se descubre—cual es un ALZAR A SANTOS—cuando el tricolor sube o baja por el asta que lo sostiene. Oh! culto externo del patriotismo, yo te bendigo!

Quédate, lector, con la curiosidad de saber más sobre la vida de Quito; ya debo pasar a otros asuntos; falta mucho por escribir y tenemos que pensar en dar remate a este libro, no sea que se alargue demasiado que el refrán es sabido “de lo bendito, poquito”; mas si la curiosidad se te ha despertado, vente. Vente a pasear unos días que el viaje es corto y el cami-

no—con el veranazo—está magnífico. No desperdicies la ocasión, acuérdate que, en la demora está el peligro.

Entre las bibliotecas públicas sólo conozco la Nacional y la Municipal; dicen que en la Universidad Central hay una muy buena.

La biblioteca nacional, cuando esté terminado el local en que se la va a organizar, quedará soberbia; por ahora está de paso en un mal salón; a pesar de todo, el servicio y comodidad nada dejan que desear. Las señoritas empleadas en el ramo son de una cultura y simpatía poco comunes (1): dicen muy alto en favor de

(1) **Movimiento intelectual en Quito**

Verdadero placer experimentamos al publicar el siguiente recorte de "La Nación," acreditado diario capitalino, del domingo pasado: unimos nuestra voz de aplauso a "La Nación."

"EL BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA

Una prueba más de su talento y laboriosidad ha consignado la señora Zoila Ugarte de Landívar, con la publicación del valioso Boletín de la Biblioteca Nacional, de la que es Directora, correspondiente a noviembre último.

la instrucción pública femenina, pues las creó salidas de los Institutos nacionales de educación.

El número que registramos contiene importantísimos documentos históricos, referentes los unos a la época colonial, y los otros a las acciones más notables de nuestra vida republicana. Y todo viene alternado con el artículo jugoso, con el juicio crítico profundo, sobre la vida y obras de nuestros mejores hombres y de las más valiosas instituciones nacionales. Allí está la prosa deleitable y sonora de Crespo Toral y el verso armonioso, rotundo, de Fálquez Ampuero; la primera glorificando la memoria del eximio Cálle, el otro eternizando con el ritmo triunfador la épica hazaña de un siglo que revive al través del bronce y del mármol de la gloria. Y en todo el gusto artístico, la elegancia y el buen tono difundiendo en páginas de crecido valor.

La parte histórica y epigráfica, a la que ha puesto especial cuidado la señora Ugarte de Landívar, reviste mayor interés por la entrega que contiene de importantes datos para la Historia del Ecuador. Hay estudios como "*La Historia del Reino de Quito*," de la señora Ugarte, y "*El Padre Juan de Velasco*," de don Isaac J. Barrera, que representan el tesonero afán de inquirir la verdad, de dar factibilidad a los hechos consignados por la fantasía del ilustre Jesuita, en páginas que el tiempo no puede destruir, por la honradez y sinceridad que flota en ellas, así la novelaría quiera desconocer la importancia

Desde ahora hay que decir lo mismo de las señoritas que sirven los ramos de correos, telégrafos y otros oficiales. La biblioteca municipal ocupa un bonito y adecuado local. En el *Hotel de Ville*, es servida por caballeros correctísimos, de exquisitos modales y acuosidad.

No es muy rica en obras, la librería; pero en materias legales nacionales, municipales y otros de la clase, hay lo bastante para la provechosa consulta. En ambos establecimientos se lleva estadística de lectores y lecturas.

Bibliotecas semipúblicas, pudiera decirse, que son tesoros de documentos históricos, hay que citar la del arzobispado, que se mencionó atrás, y las de los conventos, sobre todo, La Merced y San Francisco.

que encierran desde el punto mismo de constituir una leyenda.

Al terminar de leer tan bellas páginas, donde la vida nacional parece cristalizarse, el aplauso nace espontáneo para la acuciosa e inteligente escritora señora Ugarte, Directora del Boletín en referencia."

(Tomado de "El Progreso."—Quito.)

Estos conventos, así como la Compañía, Santo Domingo y San Agustín contienen valiosísimas obras de arte antiguo, pinturas lo más, de elevado mérito artístico.

El de San Agustín es muy mencionado por Ricardo Palma como depositario de las creaciones del afamado pintor Miguel de Santiago, del cual refiere alguna sabrosísima crónica el deleitoso perulero.

No repetiré lo que desde el principio quedó dicho sobre correos y telégrafos; mas precisa insistir en que sería de desearse que, en nuestra tierra, se tomase ejemplo del buen servicio del ramo en esta República.

La tarifa telegráfica, que era baratísima, ha sido elevada, por decreto reciente; pero todavía es más baja que en Colombia.

En correos y telégrafos el Gobierno no debe buscar renta: es un servicio que se presta; hay que hacerlo lo más barato posible, pues, en definitiva, va en fomento de la riqueza pública y la expansión comercial.

La renta búsquese en los impuestos directos, cuanto a servicios abarátense.
Punto final al capítulo.

V

Jardines de infantes (Kindergarten)—La juventud que se levanta; los estudiantes— Congreso de estudiantes de la Gran Colombia—La Gran Colombia—Las asociaciones obreras—El próximo Congreso obrero ecuatoriano

Paseando con un amigo, algún día, me llamó la atención el rótulo de sobre un portal "JARDÍN DE INFANTES"—"Quiere entrar y conocer?" me preguntó el amigo.

Entramos. Qué espectáculo tan encantador! Como ciento cincuenta niños, de ambos sexos, corrían y jugaban en el pequeño huerto o patio bajo la vigilancia de una señorita. Esta, al vernos, con la más grande afabilidad nos invitó a visitar todo el establecimiento.

Positivamente se necesita genio especial o vocación para lidiar con tan crecido número de guaguas!

Pues bien; en estos jardines de infantes (kindergarten de los alemanes) se les enseñan objetividades a los *piccolos*; jugando, que jugando los pequeños van adquiriendo ideas y preparándose para la escuela.

No se les fuerza a aprender. Esto sería malísimo; se les deja pero guiándolos, obedeciendo al principio de que *para dominar la naturaleza hay que obedecerla*.

La institución de los kindergarten, de origen alemán—cual casi todas las grandes reformas de la pedagogía moderna—es una de las más admirables adquisiciones, resultado del espíritu disciplinario del germano.

En nuestros pueblos los *jardines de infantes* tienen que dar magníficos resultados si se consiguen maestras que tengan vocación o se las importa cual se hizo en el Ecuador para comenzar.

Por lo que he podido juzgar la institución pública está adelantadísima en este país. De la información que me ha

sido posible adquirir resulta lo siguiente: una primaria bien extendida; secundaria encaminada en sentido práctico y superior o universitaria que se trata de mejorar día tras día.

El tipo de los estudiantes es simpático; poseen el aire independiente que cuadra a los jóvenes y —en los que he tratado— se nota mucho vigor intelectual.

Buena ocasión se me presenta en el Restaurante en donde como, para darme cuenta; es modesto, pero decente, el Restaurante Pichincha (vayan mis recomendaciones muy sinceras para tan simpático establecimiento) principalmente frecuentado por estudiantes de segunda y universitarios.

Si "en la mesa y en el juego, se conoce al caballero" aquí he podido palpar lo que es la buena educación de los estudiantes ecuatorianos. Nada de palabrotas o desafueros; completa corrección, esquisito comedimiento... en fin, vuélveme a la mente el *suaviter in modo, fortiter in re* que se me antojara símbolo del carácter nacional. Estaré equivocado?

Sin textos obligatorios y más bien

por sistema de conferencias se dictan las clases, dejando así amplia independencia al criterio de cada cual.

Qué diferencia con lo que pasa entre nosotros! Sometidas las jóvenes inteligencias al férreo molde de un escolasticismo a ultranza se pretende deformarlas. En vez de cumplir el ideal educacionista con el desarrollo armónico, trátase de producir cerebros desarrollados únicamente en un sentido; teratologías que dijéramos.

El ánimo se conturba y se extremece pensando a donde vamos a parar; sólo consuela la seguridad que tenemos de q' en el fondo, el carácter colombiano es indeformable y que más o menos pronto, ha de lograrse la reforma sustancial en lo que se refiere a Instrucción Pública. De otro modo estamos condenados a la inferioridad.....

Por vía de ejemplo, que entristece, tómese el caso de los colegios de enseñanza secundaria en Nariño; digamos los de Túquerres a Ipiales. La concurrencia a tales planteles está formada por hijos de

labriegos, artesanos, y en suma, por gente campestre. Qué se les enseña!

Latín (hasta prosodia), metafísica y escolasticismo. Es concebible un absurdo semejante!

Supongamos que los muchachos aprendieran (que no aprenden), qué es lo que van a ser enseguida? Empleados, rúbulas o parias sociales. Si el país está perdido por la empleomanía; por qué no se contrarresta la tendencia desde las escuelas y colegios?-----

Con entusiasmo se preparan los del gremio, en el Ecuador, para reunir el CONGRESO DE ESTUDIANTES DE LA GRAN COLOMBIA. Un buen síntoma de unión; un buen indicio de que, en las almas, bulle la aspiración a un elevado ideal. El ideal de los Próceres.

A veces pienso en que sea posible llegar a una federación amplia entre las tres repúblicas que sería—a nadie se oculta—de la mayor conveniencia; también pienso... váyase para afuera este pensamiento que ha de sorprender a muchos, haciendo fruncir a no pocos. Afuera hijo!

Pues bien; se me ocurre en ocasiones que la Gran Colombia la va a organizar el Papa. . . . Veo las caras de sorpresa; veo el asombro en todos los semblantes y, sin embargo, lo vuelvo a repetir: EL PAPA.

Quien estudie, con criterio imparcial, atentamente el trabajo sistemático que se opera en Colombia y Ecuador en ciertos sentidos, se convencerá de que una zapa, una *gutta cavat*, una labor benedictina de paciencia y primor se lleva adelante, se continúa sin descanso ni interrupción en tal sentido que su resultado no puede ser otro que el previsto: una Gran Colombia papal o dominio pontificio en Suramérica.

Otras razones campean en favor de esta (aventurada?) hipótesis. Podría convenir al equilibrio general *post bellum* colocar al Pontífice en un dominio propio no europeo; podría suceder que las necesidades del momento obligaren al Papa a salir de Europa. No existe la profecía *Pastor nauta*—entre las que se miran cumplidas de San Malachías!—u otro motivo del temeroso equilibrio. En todas estas circunstancias, nuestros países

de la zona ecuatorial americana, están listos para ser un dominio de los Papas...

No entro a juzgar; sólo propongo un tema a los pensadores y consigno una profesión, no mía, sino de San Malachías.

Cuanto a las asociaciones de obreros, están muy desarrolladas en el Ecuador. En todas las poblaciones, aún las de menor categoría, los artesanos están congregados en formas de mutuo apoyo o socorros mutuos; pero todavía no se ha constituido un PARTIDO POLÍTICO OBRERO.

El sentimiento de bandería divide a los obreros y es la más grave dificultad con que se tropieza. Obra del tiempo y de las circunstancias será la conquista de la unión; en el interin *labora et spera*.

Próximamente se reunirá, en Guayaquil, el I Congreso Obrero Ecuatoriano. Se proyecta federar todas las agrupaciones y es de esperarse bastante de tan importante reunión; quizás la tan deseada unión venga a nos como corolario del Congreso.

Por arte de milageo, la guerra europea, trajo el surgir de las doctrinas socia-

listas, su rápida, sorprendente, expansión y su imposición inesperada.

El mundo estaba preparado... como un terreno del cual el minero ha vaciado el contenido subterráneo y cae si se desquicia un pilar; así el mundo estaba minado por *la doctrina*. Cayó el pilar sostenedor de la superficie aparentemente sana —el Kaiser— y todo el mundo antiguo se derrumba. Bendito sea Dios que nos permitiera presenciar tan magnífico espectáculo! Salve mundo nuevo!!

VI

Conclusión.

Bien o mal, hemos llegado al término. Lectores, si encontráis algo bueno aplaudid, si malo disculpad.

Al escribir estas IMPRESIONES me ha guiado un laudable propósito, en su mérito, solicito la benevolencia.

No escribo—ya quedó dicho—una guía; mal rematará, empero, si no inclu-

yera algunos datos. Téngolos a mano y los creo exactos; vienen del Sr. Olano (1) y evidencian la próspera situación del país.

“Veinte millones de sucres, de los veinticinco que, en números redondos, valió la exportación de productos ecuatorianos en 1909, salieron por el puerto de Guayaquil; y diez y siete, de los diez y nueve que sumó la importación en el mismo año, entraron al país por la misma vía. No es menester otro dato para comprender que Guayaquil es el puerto por excelencia en la República, como para explicarse el lugar que ocupa entre sus similares del continente en el Pacífico basta saber: que el cacao es uno de los productos tropicales que tienen mayor demanda en los principales mercados del mundo, que la principal industria del litoral ecuatoriano es el cultivo de esta preciosa almendra, y que el Ecuador ocupa el primer lugar entre los países que lo producen, habiendo alcanzado la cosecha del año pasado, a la cantidad de 793 325

(1) De Popayán a Quito.—Quito 1915.

sacos, de un quintal de peso cada uno, sin que tal producción, que significa un aumento de más de doscientos mil sacos sobre la del anterior, haya determinado una mayor perturbación en los precios del artículo, el que si ha tenido últimamente alguna baja ella se explica más por la guerra europea (que ha cerrado el puerto de Hamburgo y dificultado el acceso a otros centros de consumo ordinario] que por un aminoramiento en la demanda, pues, por el contrario, el cacao es cada día más y más solicitado.

Y no es el cacao el único artículo que sale por el gran puerto ecuatoriano: los últimos datos de la estadística, que corresponden al año de 1909, acusan también la exportación de los que se señalan en seguida con los correspondientes números de cantidad y precio en la moneda legal del país.

Algodón.....	kg.	10 574	\$	4 591
Astas de res..		25 358		2 662
Azúcar.....		6 444		1 126
Brea.....		9 219		2 510
Cabuya.....		22 299		7 466
Café.....		3 327 535		1 037 320

Cañas picadas.	kg.	255 000	\$ 6 800
Cáscara de mangle		129 813	1 422
Cascarilla		69 248	14 974
Caucho		485 566	1 475 144
Caucho andu- llo		22 569	65 524
Condurango		27 488	5 406
Cueros de res		878 657	452 797
Cueros de cai- man		33 247	11 043
Cueros de ca- bro y de ve- nado		748	1 249
Durmientes		50 170	1 640
Frutas		3 742 413	127 335
Lana de ceiba		98 013	18 635
Madera		82 724	3 403
Orchilla		187 905	14 652
Oro en mine- rales		18 255	261 743
Paja mocora		33 911	33 940
Paja toquilla		91 363	99 465
Sombreros de paja (varias calidades)		118 595	2 307 146
Tabaco		170 395	71 911

Tagua en cáscaras.....	kg. 11 328 097	\$1 449 923
Tagua pelada.....	7 071 361	1 612 019

y de algunos otros en cantidades reducidas: El cacao figuró en 1909 por kilos 31 569 802 con valor de \$ 14 522 617, o sea algo menos de la mitad que en el pasado."

Durante el periodo de la guerra, Ecuador como Colombia, experimentó las influencias del desequilibrio mundial; pero vuelve, poco a poco, la normalidad y con ella la actividad fecunda. Este país progresa rápidamente y su porvenir es halagueño. Dios lo favorezca de un cambio político; pues bajo un régimen retardatorio habría de experimentarse una regresión hasta los tiempos de García Moreno; pero de un García Moreno sin genio, sin patriotismo y sin actividad.

Que hay mucho de malo en el régimen actual, claro que lo hay. Qué obra humana es perfecta?

· Pero la sistemática adaptación llevará a los ecuatorianos a formas cada día mejores en las que, al amparo de la libertad,

florezcan las inteligencias, progresen las industrias y se desarrolle la riqueza pública.

La doctrina de Stuart Mill es inegablemente cierta; la libertad es el abono fecundo para las almas de los hombres y para los pueblos.

Dios lo quiera el nuevo Prelado que gobernará la Iglesia del Ecuador se asemeje al otro que, por siempre, conservarán los pueblos, objeto de veneración y amor, en el fondo de sus corazones.

Mas, será posible otro FEDERICO GONZÁLEZ SUÁREZ?



INDEX



INDICE

IMPRESIONES DE UN VIAJE POR EL ECUADOR (Por un viajero ciego)

- | | | |
|----------|--|----|
| I. . . . | Salida de Túquerres.—Pascana en Casafria.—Ipiiales.—El puente de Rumicbaca.—Tulcán.—El poeta Gómez Jaime. | 1 |
| II. . . | Tulcán.—El páramo del Ángel.—Un accidente imprevisto.—San Gabriel.—Un buen ejemplo de espíritu público. | 13 |
| III. . | El Chota.—El puente del Chota.—Correos y Telégrafos.—Yaguarcocha.—Los alrededores de Ibarra.—El plantío de eucaliptos. . . | 25 |
| IV. . | Ibarra.—Una ciudad en rápido progreso (Otavalo).—Los indígenas.—La reforma militar en el Ecuador.—El páramo de Mojanda. . . | 41 |
| V. . . | De Otavalo a Pomasqui.—De la que nos escapamos en Mojanda.—El problema aguardientero: o higienizar o degenerar.—Algo sobre el quichua.—Varia | 52 |

V... (Continuación)	62
VI. La Rápida.— Llegada a Quito.— Gente bondadosa —" Como te me presentas te recibo, como me tra- tas te despido."— Primeras impre- siones.— El Dr. Sáenz está enfermo.	70
VII. El problema monetario — Escasez de moneda fraccionaria — El cambio. — Intervención oficial en lo econó- mico-comercial.— Exportación de viveres	72
VIII. Paseos entre el bullicio.— Imposible formarme idea de Quito.— Libros de alquiler.— Wolf y sus obras.— Historias varias.— Ricardo Pal- ma — La prensa quiteña.— Varis.	89
IX. La colonia colombiana; hay que or- ganizarla.— Acción oficial, inicia- tiva privada.— Trabajo y no limos- na es lo que se necesita.— Indis- pensable la propaganda en Colom- bia.— Concibo la idea de fundar un periódico destinado al fomento de la expansión comercial Colom- bo-Ecuatoriana y a los intereses de la colonia.— Se quedará ep proyecto?	98
X... Luminosidad de la atmósfera.— El clima de Quito.— El Dr. Ángel Sáenz.— FIAS LUX! — Lo que sólo a pocos les es dado saber.— Rena- cimiento.— De sorpresa en sorpre- sa.— Bendito sea Dios!.....	108

Segunda parte

(VUELTO A LA LUZ)

I . . .	Quito paseado y comentado.—Arquitectura antigua y moderna.—El progreso de la Capital.—Tipos.	121
II . . .	(Continuación)	132
III . . .	Continúan los paseos callejeros.—El comercio.—Los servicios públicos.—Una observación del Sr. Olano confirmada.—Cuán torpe es la maledicencia como arma política.	144
IV . . .	La vida en Quito.—Los jardines, adición a las rosas.—Espectáculos.—Las retretas militares.—La ceremonia dominguera del pabellón.—Bibliotecas públicas.—Correos y telégrafos	158
V . . .	Jardines de infantes (Kindergarten): —La juventud que se levanta; los estudiantes.—Congreso de estudiantes de la Gran Colombia —La Gran Colombia.—Las asociaciones obreras.—El próximo Congreso obrero ecuatoriano	168
VI . . .	Conclusión	175

F. PEREIRA GAMBA,

EN PRENSA:

La vida en los Andes Colombianos.

Libro de 300 páginas 4°.

PRECIO:

• Para Colombia S. 3,00 oro legal
• Ecuador S. 3,00

EN PREPARACIÓN:

Vida del
Dr. Nicolás Pereira Gamba.

Tratado de Topografía.

*Texto adaptado a las necesidades de los
países ecuatoriales de América.*